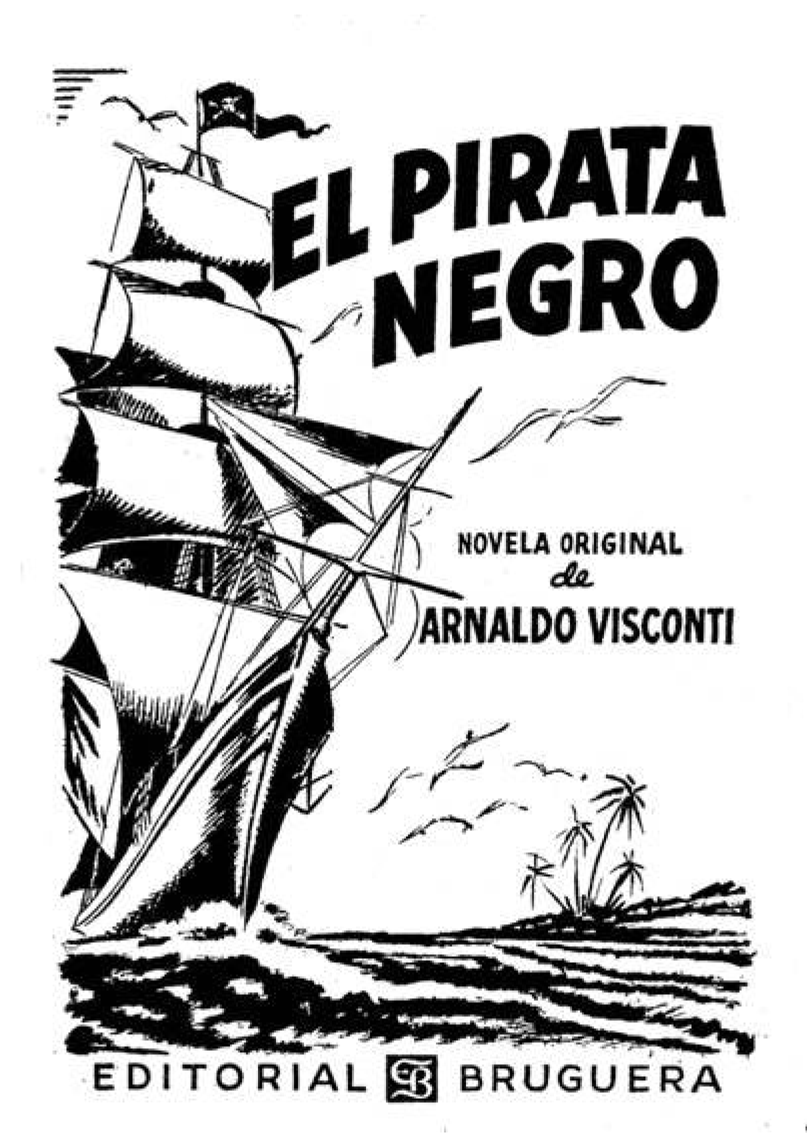

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
EL REY DE LOS ZINGAROS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El rey de los zíngaros

Colección El Pirata Negro n.° 16

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


El REY
de los
ZINGAROS

CAPÍTULO PRIMERO

Las fieras vuelven al cubil

A medida que la extraña comitiva acercábase al castillo que se alzaba al otro linde del bosque de Kerdal, los dos mosqueteros que conducían el fogoso tronco de alazanes, fueron menguando sus trallazos y la carroza disminuyó la velocidad con la cual había viajado desde Calais.

El jinete que galopaba a la zaga de la carroza refrenó también su caballo. Descabalgando, ató el caballo a uno de los troncos del poblado bosque y cogiendo una larga cadena enrollada en el arzón, se internó a pie en la espesura.

Tras su larga zancada elástica, un señorial y solemne leopardo alargó el tranco de sus robustas zarpas felpudas, hasta colocar su cuadrada testa cerca de las negras botas del andarín.

—En el castillo no serías huésped grato, "Satán" —dijo en voz alta el hombre—. Mi presencia y el sensible motivo de mi visita serán más que suficientes para que toda la inteligencia de la condesa de Kerdal no le baste a disimular cuán poco agradable es mi persona para ella.

La fiera, viendo detenerse a su dueño en un espacio rodeado de brezales y árboles, sentóse sobre sus cuartos traseros.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, inclinóse y rascó con rudeza el entrecejo del leopardo, que con las fauces abiertas, toleró la caricia que le prodigaba la mano nervuda y morena. Era la misma mano que siendo cachorrillo, le acarició, jugó con él y dióle alimento...

—Sólo te dejaré abandonado por unas horas, "Satán" —siguió diciendo Lezama, mientras sujetaba el poderoso cuello de la fiera con la cadena, cuyo extremo aseguró alrededor de un tronco—. No quisiera que te crearas la ilusión de una selva y rompiera al llegar el

amanecer tentador tus amarras de gato amigo.

Al alejarse Lezama, el leopardo se tendió, sin perder un ápice de su arrogante y hierática compostura. Bostezó ruidosamente, exhibiendo sus amarillentos colmillos y, extendiendo las zarpas delanteras, apoyó en ellas los belfos.

Pronto los dos puntos rojizos de las sanguinolentas pupilas fueron extinguiéndose en la obscuridad de la noche...

Carlos Lezama montó de nuevo a caballo y, hundiendo los tacones en los ijares del bruto, adelantóse a la carroza, poniendo pie a tierra ante la escalinata del castillo de Kerdal.

El viejo lacayo que portaba en alto un candelabro cuyas vacilantes llamas protegía con la otra mano, reconoció al "hidalgo español, amigo del señor capitán".

—Buenas noches, mi señor. ¿Puedo anunciar a la señora condesa...?

Pero ya Leonie de Kerdal, suave y bella aparición, avanzaba hacia el Pirata Negro.

—Bienvenido, caballero. Vi desde lejos la carroza que atravesaba la aldea y se dirigía hacia aquí. Esperaremos a Jarnac aquí mismo, si os parece.

Besó Lezama la diestra de la dama y al erguirse decidió abordar su difícil misión

—Debo advertiros, señora, que un lamentable percance en el que Jarnac, cumpliendo con su deber de mosquetero y de bravo sin par...

—No sigáis-dijo ella melancólicamente, pero sin exteriorizar su pena íntima y desconsoladora —. Lo presentí al veros llegar solo. Mi esposo ha tenido siempre a gala imitaros en todo. Y si pudiera estar en pie, con vos habría llegado a caballo... y no en carroza, que él califica de vehículo propio para gotosos y damiselas.

—A mi sincera pena, señora, uno la molesta quemazón de ser yo el culpable de lo acaecido, porque fui yo quien arrastró a Jarnac a esta última y fatal aventura...

—No os acuséis de lo que no sois culpable, caballero —dijo dulcemente Leonie de Kerdal. En sus ojos nacían silenciosas lágrimas—. Jarnac tuvo siempre el fiero instinto del combate, y si no hallaba lucha, la suscitaba. No marchó con vos porque le invitarais, sino que os impuso su compañía por amistad. Para mí,

caballero, si mi aflicción es honda e irreparable mi desgracia, en nada os considero merecedor de reproche.

—Gracias de todo corazón, señora —dijo Lezama conmovido—. Jarnac... puede quizás sobrevivir a sus recias heridas. Su hercúlea constitución...

—Si no agonizase... si no se sintiera morir, no habría vuelto en carroza a su cubil. Habría galopado a vuestro lado. Creedme, caballero, compartid con vuestra amistad mi dolor de esposa, sin que os atenacen remordimientos. Desde que me casé con Jarnac, recé incansablemente para que Dios retrasara lo más posible este desenlace que siempre supuse inevitable.

La carroza, conducida ahora pausadamente por los dos mosqueteros destocados, vino a detenerse ante la escalinata.

Carlos Lezama descendió y, abriendo la portezuela, fué a coger en brazos al gigantesco Jarnac de Lesperruy, pero el capitán gascón reunió sus últimas fuerzas para bramar:

—¡Voto al cuerno, hidalgo! ¡No soy ningún mamoncete para que me aupéis!...

El peldaño de la carroza ladeó el vehículo bajo el peso del mosquetero, que vaciló apoyándose en el hombro del Pirata Negro.

Leonie de Kerdal intentó sonreír entre lágrimas de congoja al acercarse al moribundo que por un prodigio de su jactanciosa vitalidad, manteníase en pie, aunque apoyado con todo el peso de su brazo en los anchos hombros del Pirata Negro.

—Algo maltrecho vuelvo, querida mía. Puñalones... a traición... que de frente...

—Por salvar mi vida, señora-dijo Lezama.

Quiso el gascón protestar atusándose fieramente el mostacho, pero su zurda no terminó el maquinal movimiento. Cayó inerte, pendiendo a su costado. Asióla Leonie, que la llevó a sus mejillas humedecidas por el silencioso llanto.

—¿Lloras... Leonie?.. No quie...

Las rodillas del gigante se doblaron y su rubia cabeza cayó sobre el ensangrentado pecho herido mortalmente.

Carlos Lezama enlazó con atlético esfuerzos las piernas del titán y, levantándolo en vilo, subió la escalinata hasta depositar al agonizante en la cama de su alcoba.

De la carroza descendió Diego Lucientes, cohibido. El manco

pelirrojo, profundamente apenado por la muerte de Jarnac, quiso evitarse la contemplación del dolor de Leonie de Kerdal.

—Cumplid con lo que vuestro capitán os ordenó al salir-dijo a los dos mosqueteros que seguían en el pescante —. Volved a Calais... y por mi cuenta añado que esta noche pierde vuestro Rey al más bravo de sus mosqueteros.

Partió la carroza y Diego Lucientes rascóse pensativo la sien. Jarnac y Lezama fueron en su busca para “saturarle de peligros”. El Pirata Negro le auguró a él, Diego Lucientes que, por ser mal marido, dejaría felizmente viuda a Gabrielle de Civry... y el Destino burlón, con tétrica mueca había matado a Jarnac de Lesperruy.

—Por fin... has vuelto, Diego.

La voz femenina, aunque blandamente susurrante y en tono de imploración, sobresaltó al madrileño.

Gabrielle de Civry, que hasta entonces había permanecido en el mirador alto, descendió apresuradamente al ver la silueta del ser que amaba, y al que consideraba perdido para siempre.

—¡Carlos Lezama cumplió su promesa! —exclamó ella dando un paso adelante.

Diego Lucientes atrajo hacia sí con su único brazo válido a su esposa, y abrazándola estrechamente murmuró a su oído:

—¿Qué promesa, Gaby?

—Aseguró que volverías a mi lado —musitó ella enrojeciendo y dando gracias a que la noche ocultara su rubor.

—El hombre que está ahora muriéndose... debería ser yo, Gaby. Yo, por loco y sacrílego, ya que teniendo al más divino de los presentes terrenos con tu amor, fui a buscar emoción y aventuras...

—De todo... de todo eso es culpable ese odioso pirata sin alma!

—¡Chitón! —y él la besó en los cabellos—. Carlos Lezama salvó recientemente mi vida. Tú no puedes adivinar la íntima tragedia del Pirata Negro, porque no has convivido con él como yo. Va acosado por su tormentosa existencia de hombre fuera de la ley. Ha querido regenerar varias veces su vida, y siempre el pasado le persigue. Y su instinto de hombre bravío...

—¡De fiera! —interrumpió ella con vehemencia.

—...de hombre bravío y rebelde a la injusticia, le obliga a seguir una senda que terminará con la muerte trágica, pero gloriosa, del incomprendido caballeroso y romántico.

—¿Defiendes al pirata que quiso ahorcarte?

Diego Lucientes rió silenciosamente y dijo:

—Se basta él para defenderse, lucero mío. Pero recuerda que si me quiso ahorcar con razón, también fingió aceptar tu dote para rescate mío.

—Mis castillos y toda mi fortuna son suyas.

—Él no sería mi ídolo si lo aceptara. Por él eres mi esposa, estrella del alba. Bendícelo... o maldícelo... ¡Tú sabrás!

Sonrió ella hora con ligera pena.

—Debería maldecirlo porque el hacer que te conociera, destiló la inquietud en mi vida, como en la tuya. Pero le bendigo... si se marcha solo, dejándote conmigo.

—¡Qué duda cabe! —y la voz del Pirata Negro, áspera en su ironía, resonó cerca de la pareja, que deshizo su abrazo—. Solo me voy, señora, porque las fieras siempre vuelven a su cubil. Y el mar es mi guarida, porque no tengo otro. Al mar vuelvo, porque en tierra las aventuras están llenas de damas que ninguna culpa tienen ni deben pagar las consecuencias de las valentías de sus maridos. Aunque sí tiene leve culpa quien como vos, señora, elige marido jugador, bebedor, poeta e inquieto de temperamento...

—Llámame loco, capitán Lezama, que decirme las verdades no es ofenderme-atajó el madrileño, sonriendo.

—Loco, pues, aunque sensato, eres al reconocerlo, “Medio-Brazo”.

—Si lo elegí loco, es porque tal fué mi real gana-dijo ella, irguiendo altiva la cabeza.

Los dos piratas rieron al unísono, con idéntica risa muda, restallante en blancura.

—Esa frase es mía, irascible Gaby —dijo el Pirata Negro—. Algo aprendisteis a bordo del “Aquilón”.

—¡A odiaros!

—Muchas veces me ha repetido lo mismo tu esposa, bachiller. Y quien pudiera odiarme con justicia-y el Pirata Negro señaló hacia la habitación iluminada del castillo-porque está abrazando a un cadáver, no me odia. Muerte, Vida... El eterno vaivén. Una viuda llora pero me despide con emocionante grandeza amable, y otra viuda blanca, abrazada ahora por su reconquistado esposo, me despide con frases duras. Adiós, señor Diego Lucientes-y el Pirata

Negro destocase con amplio ademán —. Olvidad la piratería y amadla a ella, porque en el hogar está la felicidad tranquila. Dejad de vivir en la luna. Adiós.

Gabrielle de Civry, desprendióse del brazo de su esposo y asió impulsivamente la diestra del que se iba hacia el caballo.

—Perdonadme, señor Lezama. Ya os dije que os odio por instantes... y otros siento pena por...

—Aunque lo agradezco, no quiero oír el resto-atajó el Pirata Negro, colocando su índice en los labios de ella —. De mí, sólo yo mismo tengo autorización mía, para sentir lástima. No vos.

—Os... debo la dote que...

—Quedamos saldados, señora —y sonrió el Pirata Negro señalando al indeciso Diego Lucientes— No hay fortuna para pagar esta prenda... Creo que más bien soy yo quién os debe mucho oro, por haber librado con vuestro encanto al “Aquilón” de este pirata pelirrojo.

—¡Él salvó vuestro velero! —y de nuevo, se engalló ella—. ¡Y es el más valiente tripulante que jamás tuvisteis ni tendréis!

—Ciertísimo. Por eso mismo, no lo quiero a mi bordo; porque, como yo, es inteligente, inmodesto y entrometido... De los dos, uno sobraba. Ríe cómo yo, bebe más que yo... Tiene demasiada iniciativa. Nació para jefe, y en el “Aquilón” quiero mandar yo solo. Mandadlo vos a él. señora... si podéis. Adiós, Diego Lucientes. ¿Sin rencor?

El madrileño avanzó presuroso, y las dos diestras se fundieron en sólido apretón.

Carlos Lezama sonrió con leve amargura.

—Dejad a la luna quieta, señor Lucientes. Es mi novia caprichosa, porque también es novia del mar. Es coqueta y casquivana, y al verla así, el mar se encrespa; otra veces, sonríe bonachona y da alegre mansedumbre melancólica. Vos tenéis la alegría y la paz en Gabrielle de Civry. No busquéis más el fulgor lívido de la luna coqueta...

Unos rugidos lejanos hicieron volver la calveza al Pirata Negro.

—¿Oís, amante pareja? Las fieras deben volver al cubil... “Satán” me llama; también a él le inquieta la plateada luna en la selva... Adiós.

Cabalgó de un salto... Oíanse estentóreos y acelerados rugidos

que fueron decreciendo a medida que en el camino del bosque se empequeñecía la figura del jinete, tras el que flameaban los vuelos de su negra capa, como alas dé murciélago revoloteando en la noche…

CAPITULO II

MarIky

Dotado del infalible y práctico sentido de orientación del hombre habituado a recorrer mares y selvas, el Pirata Negro tenía la certeza de que era en aquel espacio donde había dejado a “Satán” encadenado a un árbol.

Hizo avanzar el caballo e inclinóse sobre la silla para comprobar que no se había desorientado. Allí era donde había estado “Satán”. Y “Satán” había desaparecido, rompiendo su cadena por la mitad. Del tronco pendían unos eslabones, el último de ellos retorcido y brillante, denotando el lugar por donde la cadena había cedido al potente arrastre del leopardo en sus bruscos tirones...

—Imperioso tuvo que ser el impulso que te hizo quebrar la amarra-murmuró intrigado el Pirata Negro —. ¿Acaso te impacientaste? ¿Fuiste a mi encuentro? Es extraño que no nos halláramos por el camino. Regresando al castillo, veré si tropiezo con tu bella fiereza suelta. No quisiera que los aldeanos de Kerdal, atemorizados, se reunieran en batida y te dieran muerte vil con hachas y hoces.

Dirigióse de nuevo hacia el castillo; de vez en cuando silbaba con la peculiar modulación a que había habituado los oídos de “Satán”.

Pero tuvo que volver grupas con creciente intriga y emprender al paso la carretera que enlazaba con el cercano pueblo, sin haber hallado el menor rastro del leopardo.

—Un amigo muerto, otro esposado y el tercero huido misteriosamente, quién sabe hacia qué secreto cubil. Sólo tú me quedas ya, luna...

Tiró de las riendas para dejar paso a una carroza, cuyos caballos

fustigados a todo tren, semejaron una exhalación ruidosa.

Un jinete daba escolta a cada lado. Aunque fugaz, tuvo Lezama la visión en el interior de la carroza, de una mujer debatiéndose en brazos de un caballero de distinguida apariencia.

Detuvo Lezama su caballo, encarándose con la luna.

—Huéleme a desleal la cabalgata. Pero de discretos es no entrometerse en lo que bien pudiera ser riña conyugal, o imposiciones de marido a casquivana adúltera.

La carroza paróse media legua más lejos ante la primera casa de la entrada del pueblo. Era un edificio achaparrado que ostentaba la insignia peculiar de las hosterías.

Los dos jinetes apeáronse, colocándose a ambos lados junto a las portezuelas, como para impedir o vigilar la salida del interior, de donde descendió apresuradamente un caballero, el mismo en cuyos brazos debatíase la pasajera de la carroza.

El desconocido entró en la hostería. Los dos jinetes de escolta, por su larga espada duelista y su ropaje acuchillado en carmesí, denotaban ser "bravi" marselleses, los espadachines que alquilaban sus servicios al mejor postor.

Carlos Lezama imprimió a su montura un medio giro para volver grupas; allí no encontraría rastro de "Satán", sino, quizás y con más probabilidad, aquello que por el instante rehuía: una nueva aventura en tierra.

Al mirar por última vez hacia la carroza, refrenó el caballo, que quedó atravesado en la carretera... Un destello acababa de brillar refulgente en la ventanilla vigilada por uno de los "bravi".

El resplandor debíase a un diminuto puñal que, empuñado por la mujer, hundióse salvajemente en la mano del "bravi"...

Una figurilla menuda, morena, de vestidura multicolor y cargada de abalorios, saltó de la carroza y, llevando aún en la diestra el puñal tinto en sangre, echó a correr con pasmosa celeridad.

Tras ella salió en persecución el otro "bravi"; la mujer corría ligera como fierecilla acosada. Pronto estuvo cerca del Pirata Negro, que, inmóvil estatua ecuestre, contemplaba la persecución.

—¡Ayúdame! ¡Quieren matarme! —gritó la mujer con voz aguda y entrecortada.

—Recuerdo al verdugo que, pillándose una uña con el mango del hacha, echó las culpas al decapitado-susurró inaudiblemente el

Pirata Negro.

El “bravi” entorpecido por sus pesadas botas, estaba aún distante, vencido en la carretera por la ligereza de los pies desnudos de la mujer.

El Pirata Negro tendió el brazo, enlazando por la cintura a la extravagante desconocida, a la que colocó en la silla, delante de é1.

Puso el caballo al galope, mientras ella, enlazada, no soltaba su sangriento puñal. Cuando el galope creó una gran distancia entre el “bravi” y los que huían, ella escondió su puñal en el escote.

—Me raptaron. Soy zíngara de la tribu de Yzeta-y con pueril orgullo, revueltos los negros cabellos al aire de la carrera, añadió: —Soy la mejor bailarina de la tribu; ninguna de las otras me gana.

Carlos Lezama limitóse a asentir con muda cabezada.

—Quizás me han raptado porque por mi arte soy famosa y a veces alguna de nosotras alcanza posición, fortuna y hasta enlace con la nobleza rica. Pero yo amo mi independencia...

—¿Cuál es tu nombre?

—Mariky.

—¿Dónde te dejo en tierra?

—Tú eres un caballero; no me abandones ahora. Llévame a mi tribu; si me dejas sola, pueden darme alcance los que intentaban raptarme.

A lo lejos oíase el repicar de cascos herrados lanzados a gran velocidad. El Pirata Negro taconeó los ijares de su caballo.

—Sólo son dos, caballero. Puedes hacerles frente con mi ayuda.

—Prefiero darles la grupa; no tengo el ánimo dispuesto a combates.

—¡Ah!... Toma, pues, aquel atajo. Yo te guiaré hacia mi campamento, aunque me hubiese gustado hundir mi puñal en el cuello del que se atrevió a manosearme robándome de la orilla donde yo me lavaba sola y alejada del campamento. ¡Toma aquel caminito!

Obedeció el Pirata Negro y durante unos minutos condujo al trote su caballo por los vericuetos que le indicaba Mariky. Dejáronse de oír los rumores de la persecución, y ella instalóse en la silla más cómodamente, tendiendo sobre sus morenas piernas los vuelos de su falda multicolor.

Examinó con descaro casi insolente los rasgos de su forzado

salvador, iluminado por los rayos lunares

—Por tus modales, tu caballo y tu ropaje, adivino en ti al “aristo”, al hombre que paga lacayos. Por tu tez bronceada, semejante a la mía, adivino que eres señor de mar. ¿Acierto? Eres marino del Rey. ¿Ibas a puerto?

—Iba, pero te encontré montada en mi silla.

Ella le miró levemente desdeñosa, frunciendo la delicada nariz.

—Me pareces hombre de ánimo esforzado. Tus marinos deben de ser los que pelean por ti. ¿Por qué no acudiste cuando yo desde la carroza te pedí auxilio? En vez de ello, te detuviste asustado...

—Estaba intentando encontrar mi gato. Un magnífico gatito que se me extravió por los contornos.

Ella rió con profundo y evidente desdén.

—¿Tu gato? Será el que te divertirá con sus maullidos en tu camarote de señor del mar. ¡Toma el sendero de la izquierda! —ordenó imperativa.

* * *

El Pirata Negro siguió obedeciendo dócilmente las indicaciones de la zíngara, que deslizó sus dedos por los eslabones de la gruesa cadena de oro que Lezama llevaba al cuello.

—Es bonita; reluce mucho.

—También tus ojos relucen y serían más bellos si tuvieran menos desdén y menos orgulloso desenfado.

—Eres gracioso. Lees en mis ojos y no me preguntas nada acerca de quién me raptó, por qué lo hizo... ni por qué hundí mi puñal en el pescuezo de uno de los “payos”.

—Ellos y tú tendríais razones que no me incumben. ¿Está lejos tu campamento?

—Bastante; pero por las veredas acortaremos mucho camino. ¿Cómo se llamaba tu gato?

—No tiene ya nombre. Pertenece al olvido, porque huyó de mí. Hablas un francés bonito y pintoresco.

—Los zíngaros tenemos mucha facilidad para aprender todas las lenguas de los “payos”.

—¿A quiénes llamas así?

—A todos los que no pertenecen a nuestra raza. Nosotros somos los vagabundos errantes por las llanuras; fuimos maldecidos por no haber hospedado a la Virgen en su huida de Egipto. Y todos los

descendientes de los primeros gitanos, estamos, por penitencia, obligados a andar peregrinos por el mundo, sin que hallemos jamás permanencia estable.

—¿Tu tribu es húngara?

—Dice el conde que nos llaman zíngaros del nombre de Cinga, río de la provincia española de Huesca.

—¿Quién es ese conde?

—Nuestro jefe: Yzeta. Los jefes de tribu se llaman condes, y mi tribu es española; de raza mixta judía y mora.

Miróla él, cercana como estaba de su rostro. Tenía agujerado el lóbulo de las orejas, de las que pendían sortijas de plata. Sus cabellos eran negros y encrespados, y en el corpiño de su camisón bordado de florecillas, en el lado izquierdo, lucía un dibujo de monedas caprichosamente dispuestas en forma de corazón.

—Un corazón de monedas-comentó el Pirata Negro, sonriendo —. ¿Es símbolo o engaño?

—Es adorno. No te burles, porque soy hechicera, y adivino cosas que vosotros solos, los “payos”, no podéis vislumbrar.

—Hechicera eres… en encantos. ¿Tu tribu no me confundirá con tu raptor cuando lleguemos al campamento?

—No temas-silabeó ella, apartándose despreciativa lo más que pudo —. Los diré quién eres; al fin y al cabo, tu caballo ha sido mi salvador. Nuestros hombres son fieros luchadores, pero estamos en las fiestas de abril, y el canto y el baile son las únicas ocupaciones a que nos dedicamos por espacio de los tres días que dura la fiesta. Son invitados a ella todos los caminantes, y las mesas están cubiertas de flores y yerbas campestres.

También están bien provistas de vinos. Y está severamente prohibida toda riña durante la duración de la fiesta. Por lo tanto, no temas. Nada te pasará.

—Respiro, pues, ya más tranquilo.

Fatigada, quizás por la emoción del rapto, Mariky apoyóse despreocupadamente en el hombro del Pirata Negro, adormilándose. De vez en cuando abría los ojos e iba señalando el camino a seguir…

CAPITULO III

Fiesta zíngara

El crepúsculo obscurecía el contorno del gran círculo de tiendas y carretas en la llanura. Ardía en el centro una enorme pira de ramas y hojas en múltiples chasquidos. Retorcíanse los sarmientos...

Sentados en el suelo, entre botellas degolladas y vacías y restos de cena, cantaban los zíngaros de la tribu de Yzeta.

Ellas, de pelo brillante y melenas sueltas, ostentaban un hieratismo peculiar ante el fuego. Esfinges de bronce, chasqueaban los dedos en las palmas de sus manos morenas, acompasando con recortadas palmadas el canto.

Ellos, trigueños de ojos vivos y negros cabellos, de rostro largo y angosto a la altura de los pómulos, de frente estrecha y nariz aguda, manejaban sucios violines con destreza sin igual.

Cuatro zíngaras bailaban al otro lado de la pira. Sus siluetas elásticas respondían en lentas vueltas al lamento doliente y extraño del violín de un zíngaro, cuyo rostro tenía semejanza con el de una rana sarcástica.

—Son mis compañeras de baile-explicó Mariky, mientras a pie acercábanse al campamento —. Él es nuestro violinista mejor; se llama Santi Ferobach.

Movíanse majestuosamente los volantes de las largas sayas de las bailarinas, cuyos bustos avaloraban los juboncillos floreados de manga corta y abullonada. Sobre los hombros caíanles las puntas rojas de los pañuelos que ocultaban a medias sus melenas, donde brillaban flores y peinetas de colores chillones.

—Ellas son Ysabita, Tony, Aruane y Ayria. Forman conmigo el cuadro que hace rugir de entusiasmo a los “payos”, que pagan mucho oro por vernos actuar. Deléitate con ese arte que desconoces,

y aguárdame aquí mientras anuncio al conde que se disponga a recibirte, si lo tiene a bien.

—¿Recibirme a mí? Será al caballo. ¿No fué él quien te salvó?

Relampaguearon airados los ojos chispeantes de la zíngara.

—Los zíngaros no gustamos de irrespetuosidades con nuestro jefe. El conde no es hombre de quien te puedas burlar. Te lo aviso. Espera aquí.

—Donde tú mandes. Siempre a tus pies, morena Mariky.

Mariky alejóse, pasando por detrás del círculo de ensimismados zíngaros. Entró en una gran tienda que sobresalía de todas las demás.

Era la característica tienda de los nómadas, cuya instalación era rápida, y que podía desmontarse con la misma rapidez cuando por fechorías o persecuciones debían huir.

Elevaban sobre el suelo a la altura de un hombre, una pértiga sobre la que apoyaban dos palos, puestos en cruz y la parte posterior la reforzaban con otros dos palos también en cruz, a fin de que soportase los vientos del Norte.

Encima de ese andamiaje extendían una tela de tejido grueso y aceitado, impermeable al agua.

A la entrada de Mariky, un hombre alto y rubio, de tez clara y desvaídos rasgos faciales, corpulento y con incipiente calvicie, miró colérico a la recién llegada.

—¿Dónde estuviste? Tuvo el baile que empezar faltando tú. Esos alardes de reina van a costarte un tributo. Pagarás diez luises.

El “conde” Yzeta vestía, aunque más lujosamente, el mismo atuendo que los restantes individuos de la tribu. Una chaqueta de paño bordada con alamares y adornos de trencilla hasta el codo; un chaleco rameado de seda, abierto sobre la faja de seda azul, donde sobresalía el mango del puñal, y la camisa blanca de tirilla larga, con pechera de encajes y bordados llamativos. Un pantalón ceñido y cuajado de botoncillos de plata hundíase en las botas de cuero que le llegaban a las rodillas.

—Puedo explicar razonablemente mi ausencia, conde Yzeta —empezó ella respetuosamente—. Fui al río a bañarme y, al salir, cuando apenas había terminado de vestirme, se abalanzó sobre mí un “payo” que con dos “bravi” me llevaron en volandas a una carroza que tenían oculta.

—Extraño es lo que cuentas, pero sé que ahora no estás mintiendo como acostumbras con facilidad. ¿Quién era tu raptor?

—El caballero que rondó muchas veces nuestro campamento. El barón de Poisse.

—Creía yo que a quien deseaba era a Karmi. Es curioso que te raptara a ti. Sigue.

Relató ella cómo había huido y terminó comentando:

—Aunque de fuertes músculos y joven, el marino no es hombre de lucha. Figúrate que me dijo que buscaba a su gato. Pero lleva oro en el pecho. Un collar de mucho peso.

—Trae aquí al que te salvó, y déjanos a solas.

Instantes después entraba el Pirata Negro en la tienda. Con habla lenta y grave, acompañando de gestos pausados las palabras, Yzeta, mientras "agradecía en nombre de la tribu la intervención del caballero", le estudiaba con detenimiento, fijando en él sus ojos vivos y penetrantes.

—Fué sensata tu acción al no presentar lucha. Y quiero que te consideres huésped de honor de mi tribu. ¿Conviviste antes de ahora con zíngaros? ¿Sabes algo de nuestros usos y costumbres?

—No sé más que lo aparente: que sois robustos, aunque poco amantes de trabajar, dejando tal misión a vuestras esposas. También sé que sois embusteros y exagerados en vanagloriaros. Cualidades...

El "conde" parpadeó asombrado; pero la indolente postura del visitante le aquietó.

—También somos diestros en todos los ejercicios de lucha y manejamos fácilmente el puñal-advirtió Yzeta.

—Ya me dió Mariky una demostración de este arte muy necesario para vivir. Me gusta vuestra raza porque en todos los ademanes tenéis un aire de nativa elegancia.

—Más natural que la adquirida por el ropaje; la poseemos porque ejercitamos nuestros cuerpos en rudos ejercicios. Bien, caballero, la fiesta sigue. Hay vino dulce, frutas, sopa, con pimiento, carne con ajo y pan con cebolla. Come y bebe cuanto quieras. Pasea libremente... hasta que la fiesta termine.

—Disfrutaré de tu autorización, conde Yzeta.

—¿Puedes decirme tu gracia?

—Lezama a secas, si es esta gracia la que quieres saber.

—¿Posees otras?

—Quién sabe... ¿No decís la buenaventura y adivináis secretillos?

—Nosotros chalaneamos ganado y domamos fieras. Ellas son las que leen en las rayas de la mano. Hablando de ellas: míralas y respétalas.

—¿Acaso no me consideras lo suficiente caballero para saber respetar a la mujer, sea de la condición que sea?

—Hay algunas que por su belleza embriagan como el vino aromático y hacen villano del caballero.

—Sé beber... y sé comportarme en sociedad, aunque sea sociedad de nobles zíngaros, que he frecuentado poco. Te saludo, conde Yzeta.

—Te correspondo, caballero Lezama.

Fuera, el Pirata Negro vió salir de la tienda más cercana a la del jefe de la tribu, a Mariky, que se dirigió hacia la hoguera.

En la tienda de la que acababa de salir, una vela perfumada despedía un halo de luz. En aquel círculo luminoso, una zíngara sentada miraba a Carlos Lezama.

El cabello negrísimo caíale de la frente tapando parte del rostro; la satánica mirada de trágica belleza produjo una fuerte conmoción en el espíritu del Pirata Negro. Acercóse al umbral de la tienda.

—Hay fiebre en tus ojos, zíngara. No bailas ni acudes a la fiesta. Me impresiona verte solitaria y dolorida, como si rebosaras de desesperanza y pena oculta.

—Sigue tu camino-murmuró ella sin moverse, con voz levemente ronca.

—Tu amiga Mariky no me dejó seguirlo.

Inesperadamente, la risa de ella sonó musical, detonadamente alegre, en contraste con su sombrío aspecto.

Iba Lezama a preguntar el motivo de aquella carcajada, cuando afinando un sucio violín, se interpuso entre él y el halo de la vela, un atlético zíngaro de juvenil arrogancia.

—Sigue tu camino, caballero-dijo e1 zíngaro a guisa de saludo.

—¿Otra invitación a que me vaya? No vine por placer, zíngaro; vine a caballo... y las riendas las llevó Mariky.

—Ya nos lo explicó ella-dijo desdeñosamente el zíngaro —. Mi nombre es Kerr y ella es Karmi-dijo señalando con el violín hacia el interior de la tienda—. Ha de ser mi mujer.

—Lo celebro, Kerr. Pero si vosotros sois chalanes y violinistas, ¿no son ellas decidoras de presagios? Quiero oír si es cierto.

Kerr escupió delante de las botas del Pirata Negro.

—Quedas advertido, caballero, de que Karmi ha de ser mi mujer. Muchos otros de tu laya quisieron robármela. Conténtate con escuchar su presagio, y vete lejos de esta tienda.

Volvió a escupir y se alejó afinando su violín, mientras Karmi dejaba oír de nuevo su risa armónica, que escalofrió con inexplicable sensación ignorada al Pirata Negro.

—Tu futuro esposo tiene la garganta sucia por lo visto, Karmi. ¿De qué te ríes? Tu risa me da fiebre y pone sequedad en mi garganta...

—¿No será sequera y fiebre medrosa? Naciste acunado en pañales ricos; vuelve a tus palacios. Aquí todos son hombres tallados a hachazos por la intemperie, el sufrimiento y las privaciones.

—También en el mar hay olas.

—Tú ocupas camarote de jefe cortesano, y si eres fuerte no es por luchador. Eres fuerte porque siempre comiste hasta satisfacer tu apetito y porque naciste de robusta naturaleza.

—No hay duda de que sois brujas certeras adivinando.

—¿Quieres que prediga tu porvenir? Si no te da miedo de oír tu destino, siéntate.

Obedeció Lezama, sentándose en un pequeño escabel frente a ella. Les separaban la mesita y la llama de la perfumada vela. Ella tendió una mano aristocrática, afilada, de dedos finos y alargados.

—¿Quieres adivinar mi porvenir? Te lo diré, gitana. Un verdadero caleidoscopio de vaguedad, y aun esta misma vaguedad es un prodigio de confusión-y mientras hablaba puso su diestra en la de Karmi —. Tu piel alabastrina me da tibieza, y frialdad a la vez, zíngara. ¿Será que los violines al ser rascados lloran sangre de almas buscando amor?

—Hay sangre en la línea de tu vida-dijo ella pasando un afilado índice por la palma del Pirata Negro —. Quizás mueras de muerte violenta.

—No me asustes. ¿Me expongo a tal muerte si te digo que me producen extraña sed de amor tus ojos, tu risa y tu cabello?

Ella retiró sus manos y miró hoscamente al Pirata Negro.

—Quizás te mate Kerr-dijo sombríamente —. Si careces de valor, ¿por qué me requiebras? ¿De qué te sirve ser fuerte, si eres cobarde? Huiste de un espadachín solo “bravi”. Las zíngaras despreciamos a los que no son como nuestros hombres, que todos son bravos.

—Que lo sean por luengos años —aseveró distraídamente Lezama, que añadió con inconsciente fervor:— Tienes elasticidad de liana esbelta y rebelde, Karmi. Sin plasmarlo, en mis sueños presentí a una mujer como tú. Ávida de ternura y que me prodigase la suya... porque necesito ternura de quien sepa inspirármela. Has sido para mí como un relámpago en noche obscura de tinieblas y soledad...

—Sabes mentir frases bellas. ¿Sólo eres audaz con las mujeres?

—Ellos no me inspiran requiebros. Pero seriamente te digo que no son mentidos requiebros los que me suscitas. Pero seriamente te digo que no son mentidos requiebros los que me suscitas. Son pedazos de alma los que por mis labios fluyen. Hay sortilegio en tu visión, Karmi.



—Quizá Kerr te mate...

Una mano apoyóse en el hombro de Lezama, quien volviendo el rostro, vió al conde Yzeta, que acababa de detenerse tras él.

—La tienda de Karmi no es buen lugar para ti, caballero Lezama.

Ella pertenece a otra tribu y está destinada al bravo Kerr, el hombre que me substituirá cuando yo muera. ¿Quieres acompañarme por el campamento?

—Estoy en casa ajena y tú eres el anfitrión.

A su despecho, Lezama quedó unos instantes inmóvil, prendidos sus ojos en las intensas pupilas brillantes de Karmi…

Salió y de pronto olvidó su reciente desasosiego y la poderosa atracción que emanaba de la zíngara. Sobresaltóse al oír aquel rugido…

—¿Te asustaste? —sonrió con benevolencia Yzeta—. No es más que un leopardo enjaulado; presa reciente de Kerr.

—¿Sí? ¿Leopardos en Francia? No puedo creerlo.

—Lo verás con tus ojos. Ven. Nuestra principal fuente de ingresos no es el robo y el merodeo, como creen muchos. Domesticamos osos y toda clase de animales. Kerr consiguió hace tiempo un cachorro hembra de leopardo. La lleva siempre en una carreta-jaula, y con ella pasea por los pueblos. Viniendo hacia aquí, por las cercanías de Kerdal, una aldea más al norte, vió Kerr que su leopardo hembra, a la cual llama "Zíngara", mostraba agitación y rugía encelada. Figúrate cuál no sería su sorpresa, cuando, arrastrando una cadena, se detuvo ante la carreta un espléndido ejemplar de leopardo macho. Venía atraído por los rugidos de "Zíngara". ¿De dónde venís? ¿No es cosa de milagro? Míralo.

Al extremo del campamento, en una carreta de sólidos leños cruzados por barrotes de hierro, dos leopardos dormían testa contra testa.

'Satán" había hallado compañera…

—Predestinación-susurró el Pirata Negro. —Él ya encontró por fin a su "Zíngara".

—¿Qué dices? —inquirió Yzeta.

—Me pasma el espectáculo. ¿Cómo consiguió el bravo Kerr apresar a esta fiera?

—La astucia y el aplomo son nuestras características. Limitóse a abrir la puerta de la jaula; comprendió que al reclamo de la hembra, el leopardo no veía ni oía nada más que los latidos de su propio corazón. Fíjate: el leopardo acaba de abrir los ojos. Nos mira irritado. Estamos turbando su idilio.

"Satán", gruñendo sordamente, olfateó precipitadamente,

levantándose con sus pupilas rojizas clavadas en el Pirata Negro...

“Zíngara” revolvióse emitiendo un leve quejido lastimero...

'“Satán” volvió la testa, vaciló y fué a tenderse dócilmente junto a ella.

—Las razas no pueden mezclarse, caballero Lezama.

—¿A qué me dedicas esta frase?

—Si a “Zíngara” le diéramos un cordero, lo devoraría. Corderos y tigresas no hacen pareja. Kerr y Karmi, sí la hacen. Diviértete, caballero Lezama..., lejos de la tienda de Karmi. La fiesta sigue...

—Tienes razón, conde Yzeta. Que siga la fiesta...

Alejóse el Pirata Negro hasta llegar a la ribera del rumoroso río. De dos cosas estaba seguro: de que sólo por la astucia recuperaría a “Satán” y de que ninguna mujer en su accidentada vida habíale producido la fuerte impresión inexplicable que sintió al verse por vez primera ante Karmi, la de los ojos de diablesa... Ojos de diablesa, que parecían suplicar calladamente...

—Arisca, huraña, dominadora-musitó, tendiéndose cuan largo era, envuelto en su capa —. Si así te he conocido y me seduces, soñar en ti sumisa, es tentación irresistible. Y mal que les pese a Kerr, a Yzeta y a toda la tribu entera, tú has de ser mía, Karmi.

* * *

Amanecía. Un chapoteo en el agua del río despertó al Pirata Negro.

Karmi mojaba su cabello en el río, peinándolo en dos trenzas largas. Un camisón corpiño de manga corta abullonada y amplio escote que descubría sus hombros, hundíase en la ceñida falda roja.

—Constante en mi sueño tu presencia, apareces en mi despertar-dijo Lezama levantándose.

Ella volvióse en ágil escorzo rápido, terminando de trenzar su mata de pelo. Recogió del suelo un corto látigo.

—¿No te fuiste?

—Te vi y no puedo ya marcharme. Es irrazonable, pero... soy incapaz de evitarlo, Karmi. Me enamoras; aunque prefiero libre tu cabello a verlo domeñado en trenzas.

Alzó ella la fusta con ademán amenazador.

—Si ante Kerr no te atreviste a resollar, calla ahora que estás ante una mujer sola, O porque soy zíngara, ¿me crees pronta a oir tus palabras de cortesano?

—Ante Kerr, ante el padre de Kerr y ante el abuelo de Kerr, he de proclamar que siento que te quiero, Karmi, prestes oído o no. Mezclo el desplante con la súplica, si tal es tu deseo: desplante para ellos, súplica para ti.

—¿Desplantes tú, que huiste de un "bravi"?

—Deja al "bravi" que siga trotando por dondequiera. Tú ¿amas a Kerr?

—¡No! Me robaron a mi tribu y... —detúvose ella en su impetuosa protesta—. No te entrometas en lo que no es de tu mundo.

—Por ti sería yo capaz de rascar violines, Karmi —sonrió Lezama—. Escúchame; me he educado en dura escuela, donde bajo sonrisas y dicharachos he sabido ocultar mis penas y emociones íntimas. ¿No presumes de adivina? Lee, pues, en mi alma; verás dos palabras que dicen: "Te quiero". No rías, te lo suplico. Yo mismo comprendo que parece increíble mi repentino enamoramiento. ¿Ríes? Riamos, pues, los dos. ¿Ves mis orejas? Agujeros llevan; pasaré por ellos un arete de zíngaro. Mi tez es ya de zíngaro déjame serlo y guiar tu carreta hasta que mi cariño halle eco en ti.

—Una zíngara no puede oír embelesos de caballero... Además, ¡mientes! ¿Por qué no me repites todo eso delante de hombres, delante de Kerr?

—Porque estimo que si yo mismo me siento maravillado al descubrir que ahora la vida tiene alicientes para mí al contemplarte, no es razón para que lo pregone a voz en cuello.

—A nadie quiero ni he querido... pero si a alguien amase, sería a un hombre que supiera serlo.

—¿Si? Ponme a prueba.

—¿Quieres ir a la muerte por bravata inconsciente o por amor propio herido?

—Morir, si cierras tú mis párpados y veo luz de cariño en tus ojos, será una muerte bella.

Ella cubrió la intensa luz de sus negros ojos con lento pestañeo.

—Esta noche bailaré porque Kerr me lo ha ordenado. Quiere que baile para él. Al terminar, tendré que darle mi pañuelo; el pañuelo rojo que llevaré al cuello. Y cuando él lo coja, significará, que he de ser su mujer para siempre.

El Pirata Negro quedóse extático viéndola partir cimbreante y

altiva. Encaminóse poco después hacia la jaula donde “Satán” dormitaba junto a “Zíngara’?

—Tú, enjaulado por ella, “Satán”, me pareces feliz bribón. Esta noche decidirá si es Kerr quien ha de poseer el pañuelo rojo.

* * *

La tribu entera formaba círculo. Karmi, sola y aureolada por las llamas de la hoguera, danzaba con toda su alma. Su vestido de raso rojo, cubierto de lentejuelas del mismo color, moldeaba su cuerpo prieto y sensual convirtiéndolo en llama viva.

Parecía como si las vibraciones melódicas del violín acompasasen los latidos de su sangre apasionada. Bailaba dramática y febril, y cuando sonaron los últimos acordes, quedóse respirando afanosamente, con las guedejas de su cabello semiocultando su rostro radiante.

Desnudó lentamente el pañuelo rojo que llevaba al cuello; había en su cara una expresión muy semejante al desaliento o a la desilusión, cuando vió que era Kerr quien avanzaba con la mano extendida hacia el pañuelo.

De pronto, una silueta agigantada por las llamas, en salto acrobático, vino a caer en pie ante Kerr, que se detuvo asombrado.

Carlos Lezama cogió el pañuelo que colgaba de la diestra de Karmi y besándolo lo introdujo entre su piel y la camisa, bajo el redondel de oro de su cadena-collar.

Kerr palideció intensamente, en medio del brusco y repentino silencio de toda la tribu, asombrada por la inexplicable audacia.

—¡Loco! —gritó el conde Yzeta, acudiendo presuroso—. ¿Perdiste la razón, caballero Lezama?

—La habré perdido, aunque sé muy bien lo que hago.

—¡Detente, Kerr! ¡Yo te lo ordeno! —exclamó Yzeta vigorosamente—. El “payo” desconoce nuestras costumbres, y...

—Si el “payo” soy yo-atajó Lezama sonriente-quiero dejarlo de ser, conde Yzeta. He cogido el pañuelo porque le disputo a Kerr el derecho a que Karmi sea su esposa.

—Y... ella... ella, ¿te acepta? —balbuceó Yzeta.

—Ahora hablan hombres, conde Yzeta. Déjanos solos a Kerr y a mí. Dejé en la orilla mi espada y mi pistola. Sólo llevo puñal al igual que Kerr. Que callen las lenguas y hablen los aceros, ¿no, Kerr?

Kerr, encogiéndose, dió un terrible salto de animal salvaje hacia adelante. Sin desenvainar, el Pirata Negro se ladeó esquivando la presa. Kerr, en feroz cometida, trazó de nuevo con su acero un escalofriante zig-zag destinado al corazón de su rival.

La mano izquierda de Lezama detuvo en el aire el brazo armado y en los dos rostros juntos rebrillaron los ojos…

Kerr adelantó la zurda, intentando asir por la garganta al que sonreía, retorciéndole la muñeca presa.

Karmi, en silencio, al igual que Yzeta, contemplaba la lucha.

La rodilla de Kerr levantóse astutamente, buscando el estómago de su antagonista, pero fueron las dos rodillas del Pirata Negro las que, en brusco salto, trabaron contacto con el pecho de Kerr, que perdiendo el equilibrio, rodó hacia atrás…

Su puñal resbaló de su mano. El Pirata Negro cruzóse de brazos; no había aún desenvainado.

—Prueba de nuevo, Kerr. La noche es joven y tengo tiempo sobrado para matarte.

En deslizar de felino, Kerr recogió a tientas su puñal y lo lanzó con todas sus fuerzas. El Pirata Negro dejóse caer de rodillas; el puñal, silbando agudamente, pasó por encima de su cabeza y hundióse más allá en la negrura…

Oyóse un estentóreo rugido de fiera malherida. Miraron todos, sobrecogidos, hacia la carreta-jaula. En ella, “Zíngara”, el leopardo hembra, arañaba ruidosamente el suelo. Su garganta estaba atravesada mortalmente por el puñal de Kerr…

Obedeciendo a una señal muda de Yzeta, una docena de zíngaros abalanzáronse por la espalda hacia el Pirata Negro, que miraba, creyendo en un principio, que era “Satán” el que había recibido el puñal que a él iba destinado.

Cogido por sorpresa, cayó derribado bajo el peso de sus múltiples y ágiles adversarios.

—¡Sujetadlo fuerte! ¡Aprisa! —ordenó secamente Yzeta—. Ese hombre que de cordero convirtióse en tigre, debe de estar bajo la influencia del vino o de un filtro.

Tres zíngaros quedaron tendidos de sendos puñetazos… En pie, y atado fuertemente con correas de látigos, el Pirata Negro escupió en el suelo ante las botas del conde Yzeta.

—Creo que ésta es vuestra muestra de desprecio. Ahí va para ti,

jefecillo. Ni bebí ni me dieron estímulos; si me creiste cordero yo no tenía por qué pregonar lo contrario; sólo, cuando el momento llegase. Y ahora, atado y todo, te digo que me sobran agallas para haceros morder el polvo a todos uno a uno.

—Tú eres español-dijo de pronto Yzeta —. Debí comprenderlo por tu acento, y ahora lo sé al oírte retarme. Dicen que los españoles son bravísimos, ¿es cierto?

—Sí, jefecillo. ¿Acaso lo dudas?

—También yo soy español; y tan valiente como tú.

—¿Tú? —y estalló Lezama en una breve carcajada burlona—. ¡Brava cosa para decírmela estando yo atado! Si tan sólo fueses medio hombre, me dirías estas lindezas liberando primero mis manos.

—Lo ordené, porque creí en un acceso de locura por tu parte. Ya que tu verdadero temple parece ser de hombre de pelea, quedas libre de matarte con Kerr. Pero si él no te vence, mi puñal te aguarda, en franco combate. ¡Desatadlo!

Cuando el Pirata Negro vióse libre de ataduras, frotóse las manos despaciosamente.

—Mataste a una fiera inocente, Kerr, una fiera que era, por añadidura, hembra. Vete a buscar tu puñal, que tengo prisa por terminar contigo. El conde Yzeta aguarda su turno.

Kerr dirigióse corriendo hacia el cadáver enjaulado de “Zíngara”. Arrancó presuroso el puñal, esquivando el feroz zarpazo de “Satán”.

Carlos Lezama desenvainó lentamente su cuchillo, Kerr fué describiendo círculos a su alrededor…

—¡“Bravi”! ¡“Bravi”!

El doble grito de alarma fué lanzado por un zíngaro. Acercábase galopando medio centenar de jinetes. Refulgían los acuchillados carmesís de sus jubones…

La tribu zíngara se agrupó en densa y compacta masa tras el conde Yzeta, que llamó imperativamente a Kerr.

—Después, tu lucha particular, Kerr. Ahora, tu deber de tribu.

Karmi se acercó lentamente al Pirata Negro, y éste sintió en la suya el calor de la mano alargada y suave de la gitana.

CAPITULO IV

El barón de Poisse

Los jinetes “bravi” abriéronse en media luna refrenando sus briosas monturas, que los zíngaros valoraron codiciosamente como caballos de mucho precio.

Destacóse uno de los jinetes vestido en distinta forma a los restantes; su ropaje le calificaba de cortesano adinerado. Era hombre de unos cuarenta años. Al verle, Mariky gritó:

—¡El barón de Poisse! Él es!

—¡Silencio! —ordenó Yzeta, que dió también unos pasos hacia adelante—. ¿Qué buscas aquí, barón de Poisse? Somos gente libre y a nadie perjudicamos; ¿Para qué compraste bravos brutos a esos lacayos de sangre baja?

—Tú eres el jefe de los zíngaros, Yzeta. Deseo parlamentar contigo.

—Habríamos podido hablar igualmente sin tu turba de espadachines y mi ánimo habría estado más dispuesto a la benevolencia, si lo que pretendes no ofende mi honor de conde zíngaro.

Mientras tenía lugar esta conversación preliminar, el Pirata Negro deslizóse con Karmi hacia el río. Llegado allí, ciñó su espada y enfundó la pistola de doble cebo.

—No vayas-imploró ella —. La que se prepara es lucha que no te atañe.

—¿No soy uno más de los vuestros? Permanece aquí.

—¡Quiero ir contigo!

—Arisca y dominadora eras antes de quererte yo. Ahora... te quiero. Obedéceme.

El barón de Poisse hizo un ademán pacificador.

—Nada quiero por la fuerza, conde Yzeta. Pero vengo en busca de algo que me pertenece. Quiero evitar derramamiento de sangre; mis “bravi” sólo me acompañan por si no te avienes a razones. Soy rico, y puedo ofrecerte diez mil luises de oro.

Yzeta frunció el entrecejo. La tentación era fuerte.

—Mucho oro es. Mucho ha de ser también lo que me pidas.

—Tu cuadro de baile-dijo de Poisse se rápidamente.

Un murmullo amenazador recorrió las filas de los zíngaros. Los hombres avanzaron hasta detenerse tras Yzeta, mientras las mujeres retrocedían, aunque llevándose las diestras al escote donde ocultaban junto a la morena piel el diminuto puñal de hoja triangular y aguda.

—¿Crees tú que las mujeres zíngaras se compran como ganado en feria, barón de Poisse? Márchate con tus esbirros.

—Cinco zíngaras forman tu cuadro de baile. En la corte de París serían espectáculo que produciría mucho oro, conde Yzeta. Que las acompañe su violinista.

—No. Márchate.

—Deja que ellas opinen. Deja que hablen Mariky, Ayria, Karmi...

—En mi tribu no hay más que una voz: la mía.

—También la mía-resonó a espaldas de los “bravi” una irónica carcajada —. ¿Conque quieres llevarte a Karmi, barón del diablo?

El barón de Poisse giró sobre su silla. Vió en la linde de las carretas a un desconocido que asestaba hacia él el cañón de una pistola.

—Para ti el primer disparo, barón de pega, si no te marchas con viento fresco. ¡Presto! Achucha a tu penco, que me duele el índice.

El barón de Poisse dió media vuelta a su caballo, y pareció retirarse. Pero al llegar al otro extremo del campamento, gritó:

—¡A ellos! ¡A ellos, mis “bravi”!

La hasta entonces inmóvil masa de jinetes púsose en acción; los “bravi” desenvainaron sus temibles armas. La larga espada de dos trinchantes y la daga “miserere” de ancha hoja. Conducían sus caballos a presión de rodillas.

Los zíngaros esquivaron con felinos saltos la avalancha que en carga de aceros levantados atacó ruidosamente. Sonaron dos disparos seguidos, que derribaron a dos jinetes...

Las bravatas de reto del Pirata Negro atrajeron a varios “bravi”,

mientras el conde Yzeta y Kerr, saltando sobre los caballos sin jinete, mezclábanse con los “bravi”.

Cruzaron por el aire diminutas flechas restallantes; las zíngaras lanzaban sus cuchillos que producían certeramente mortales heridas...

El Pirata Negro prodigaba la saltarina elasticidad de sus músculos habituados a toda clase de combates; su espada, blandida a usanza de sable de abordaje, separaba las “rapieres” enemigas, desjarreando a los caballos que más cerca le asediaban...

Mientras hería a su más próximo adversario, saltó a la grupa de un “bravi”, al que derribó de una puñalada...

Los marselleses quisieron iniciar una prudente retirada al calcular su inferioridad ante la defensa endiablada que no habían previsto. Pero, cerrando sobre ellos, una nube de morenos luchadores y desmelenadas furias, dejó sin poder sus armas, enlazándoles por la espalda, o desmontándolos de certeras puñaladas volantes...

El barón de Poisse, al ver el cambio desfavorable de los acontecimientos, emprendió veloz huida.

En todo aquel zafarrancho de combate que tan repentinamente estalló, en medio del fragor de los gritos y las imprecaciones, del entrechocar de aceros y el relinchar de los potros, sólo un hombre manteníase impávido, adosado a una carreta y afinando su violín...

Era Santi Ferobach, el maestro de danza.

Como fieras sedientas de sangre, los zíngaros, ayudados por sus mujeres, fueron rematando a los “bravi” que habían quedado con vida.

El conde Yzeta desmontó y anunció con voz calmosa:

—Curad las heridas de los caballos. Valen más oro que el que ofrecía el insensato del “payo”.

* * *

El barón de Poisse espoleaba con vigor los flancos de su caballo. De vez en cuando volvía la cabeza amedrentado.

Las distancia iban acortándose inexorablemente entre él y su perseguidor, el desconocido que había surgido amenazándole con la pistola y sus palabras de perdonavidas.

El Pirata Negro, entre los dientes el puñal, y al aire la espada sangrienta, representaba para el barón de Poisse la encarnación de

Borg, al diablo de los zíngaros.

Y cuando el aristócrata sintió, a veinte pasos tras su grupo, el repicar de los cascos del caballo de su perseguidor, resolvióse a vender cara su vida.

Dando un brusco tirón de riendas, desenvainó y aguardó la acometida de su perseguidor.

Pero no pudo prever el ardid de centauro con que Carlos Lezama, encabritando su caballo, lo arrojó con las manos levantadas hacia el que le esperaba espada en mano.

Para hurtar su cuerpo al impacto de los cascos herrados, el barón de Poisse dejóse caer del bruto con un grito de temor. Y apenas sus espaldas habían chocado contra el suelo, cuando ya a horcajadas sobre él Lezama le mantenía inmóvil, asiéndole por la garganta con una mano, mientras la otra arrojaba a lo lejos las armas del aristócrata.

—¡Piedad! ¡No me matéis! —gimió el acobardado noble, aún entontecido bajo los efectos del brutal acogotamiento.

Su terror aumentó al ver la fría sonrisa sarcástica del que le cabalgaba hundiendo en sus costillas la férrea rudeza de unos muslos nudosos de pétrea musculatura.

—¿Para qué quieres seguir en vida? ¿Para remozar tu madurez anhelando bailes de zíngaras raptadas? Si te hubieras contentado con merodear tus rijosidades por la corte, ahora no te verías...

—¡Es mi hija! —sollozó incoherentemente el barón.

—¿Tu hija? El pánico te hace desvariar, barbazas. ¿A santo de qué invocas ahora a tu hija?

Resollando semiasfixiado, el barón de Poisse presentaba un patético aspecto de sinceridad al exclamar:

—Veo en tu gesto que no habrá misericordia para mí. Por eso mismo, digo la verdad cuando juro que una de las zíngaras del cuadro de baile es mi hija.

El Pirata Negro púsose en pie, mientras el barón, boquiabierto, arrodillábase primero y al fin levantábase limpiándose las ropas.

—Hay tiempo para cortarte la lengua, si inventas embustes, barón. Explica lo que acabas de decir. ¿Por qué raptaste a Mariky?

—Es larga historia... y estoy tundido.

—Siéntate contra aquel tronco, toma fuelle y habla con claridad. Si no son actos de cortesano licencioso los que te indujeren a rondar

el campamento gitano, quizás te deje partir sin más daño que tus costillas molidas. Cuéntame tu historia,

—Hace doce años, desapareció mi hija, que entonces tenía seis. Loco de dolor, anduve tierras y mares buscándola, ofreciendo recompensas. Pasaron los años y un día llegó a mi castillo un zíngaro. Decía que era de la tribu de Zurad. Me narró que los de la tribu de Yzeta habían raptado a una llamada Karmi, y que Zurad me enviaba aquel mensajero para notificarme que no quería recompensa por la esperada noticia que venía a darme. Mi hija había sido raptado por zíngaros, y Zurad no sabía con certeza cuál era, pero sí una de las que componían el cuadro de baile dirigido por Santi Ferobach. Intenté sobornar al violinista, que ni siquiera se dignó contestarme. Luego intenté el rapto de Mariky, que fué la primera zíngara que hallé a solas. Y por eso ahora yo...

—Fuiste estúpido, barón. Trajiste “bravis” torpes, cuando quizás hablando sensatamente con Yzeta, lo hubieras solucionado.

—No. Porque está castigado con pena de horca y fuego el delito de rapto de niños. Yzeta no confesaría tal cosa.

—¿No has podido reconocer en alguna de ellas a tu hija?

—No. Pero podría, si la viera de muy cerca.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso eres miope, barón?

—No te burles. Me refiero a que mi hija posee una marca por la cual la identificaría. A los dos años cayó de su lecho, hiriéndose en la espalda. Y le quedó una cicatriz perenne; una línea curva en semiluna.

—¿Quieres un consejo? No rondes más por las cercanías de los zíngaros, porque te quedarás sin hija y hallarás la muerte.

—Pero... no puedo, no quiero renunciar a ella.

—Nadie te obliga a renunciar a ella. Yo te informaré con menos peligro. ¿Dónde resides?

—Gracias, señor. En vos veo al caballero...

—Te pregunto que dónde resides.

—Aguardaré en la posada de Bearn, sobre la ruta de Burdeos.

Y profundamente extrañado, el barón de Poisse vió cómo el hercúleo y atezado individuo que primero le había hecho sentir angustias de muerte, y después le infiltraba una segura esperanza, montaba a caballo y, sin añadir una sola palabra, partía en dirección al campamento zíngaro.

* * *

El conde Yzeta miró hacia dónde provenía el galopar que se dirigía hacia las carretas. Sonrió al ver desmontar al Pirata Negro.

—Agradezco tu intervención a nuestro favor, Lezama. Si persistes en desear a Karmi por esposa, dispuesto estoy a considerarte como uno de los nuestros. ¿Dónde fuiste?

—A dar caza al barón de Poisse. Consiguió huir; montaba mejor caballo que el mío.

—No importa. Creo que no volverá. Pero, además, nosotros vamos a levantar el campo al amanecer. Esos cadáveres, aunque sean de "bravi" marselleses, nos podrían traer perjuicios... ya que nos quedamos con sus caballos. Está noche haremos todos los preparativos de caravana. Y, te aconsejo como jefe de la tribu: Olvida tus retos; olvida que te he mandado atar; olvida a Kerr...

—Muchas cosas debo olvidar, pero tu lenguaje me convence. Respiras hombría.

—Quiero aconsejarte que recuerdes que la fiesta zíngara ha terminado. No puedes seguir con nosotros, a menos que estés dispuesto a abjurar de tu raza y adoptar los usos zíngaros. Pero antes... habla con Karmi.

—¿Dónde está ella?

—Vagabundea por el río-y sonrió Yzeta —. Cosa propia en enamorada. Vete; siéntate pacientemente, que ella, sabrá encontrarte.

El Pirata Negro saludó llevándose la mano a la frente, a los labios y al corazón.

—¿Es para mí esa reverencia, Lezama?

—No, conde Yzeta. La aprendí de un oriental y a Karmi se la dedico; quiero que tú también sepas, que mis pensamientos, mis palabras y mi corazón pertenecen a ella... y que el amor funde razas y castas. Un zíngaro más soy; uno más de la caravana.

Al alejarse el Pirata Negro, Kerr, mordiéndose los labios fué a seguirle. El conde Yzeta interpuso su corpulenta humanidad.

—Atrás, Kerr. Te la diputó frente a frente. Envaina, que porque yo te lo prohíbo, a traición no matarás.

Kerr, maldiciendo entre dientes, agachó la cabeza y en señal de acatamiento, saludó profundamente ante el jefe de la tribu.

CAPITULO V

Caravana zíngara

A lo lejos, en el campamento, los zíngaros iban desmontando sus tiendas preparándose a dormir en las carretas para emprender al amanecer la marcha en lenta caravana.

A la orilla del río, Karmi andaba silenciosamente, yendo hacia donde se vislumbraba sentada la silueta del hombre que, no siendo de su raza, habíala infundido nostalgias de amor y cariño sin las rudezas de la impuesta esclavitud amorosa de los zíngaros, que para nada tenían en cuenta el libre albedrío de la mujer.

Cuando Carlos Lezama tuvo noción de su presencia, fué al apoyar ella la olorosa cabeza en su hombro.

—Estoy desvelada-dijo ella sin saber otra cosa decir.

El Pirata Negro la estrechó fuertemente contra su pecho y los latidos apresurados de ambos corazones se acompasaron.

—Pensaba en ti, Karmi. Constantemente. El aroma a romero de tus cabellos me conmueve, porque en ti está mi Poesía y mi Ensueño. Quisiera poder explicarte todas las ansias que he mantenido ocultas... Verte me produjo una sensación de infinita dulzura, inesperada en mi ánimo sin esperanzas ni amores...

Pálida y radiante sintió ella desaparecer su mano en el abrazo de unos dedos fuertes y morenos.

—Es tu voz la que oía yo en mis nostalgias-musitó ella —. Era una voz cálida como la tuya la que susurraba en mi alma...

Sin ansiedad, sin brusquedad ninguna los labios de él se posaron en los entreabiertos de Karmi, y al cabrillear de la luna, el beso se prolongó con un temblor estremecido de corazones que se funden en uno solo.

—No soy más que una zíngara-dijo ella pesarosa, cuando sus

labios quedaron libres de la varonil presión.

—Eres la que el Destino creó para mí.

—Ven-dijo de pronto ella levantándose; y atrayéndole por las diestras unidas, le llevó a la margen del río.

Allí se inclinó por tres veces y en la concha de su mano recogió agua con que refrescó las sienes del Pirata Negro.

—Desconozco el significado de este rito, Karmi.

—Humedecer tus sienes con agua de río en la orilla por la noche, conjura el mal de Beng, el diablo zíngaro, y desvía los golpes funestos de cualquier poder hostil. Temo por ti, amado. No veas vanidad en mis palabras, si te digo que muchos cortesanos me pretendieron, algunos con honesta inclinación de hacerme su esposa... y murieron violentamente.

—Ahuyenta negruras. Tus ojos son magníficos a la luz de la luna, Karmi. Pierden el luto, y son anchos y de color de uva...

—Mejor no hablaría el más trovador de mis zíngaros —dijo el conde Yzeta apareciendo ante la pareja—. Excúsame, Lezama, si turbo vuestra soledad de dos, pero es mi obligación advertirte que si persistes en esposar a Karmi, contraerás compromisos que debes acatar como uno de mis zíngaros. ¿Tienes credos?

—Soy escéptico e indiferente a cuanto no sea creer en ella y que ella crea en mí.

—Bien. A los zíngaros nos suponen inclinaciones ladronescas, y nuestro modo de vivir, nuestras costumbres y e1 roce con gente maleante, no permite que el concepto que tenemos de la moral sea muy elevado. Pero hay una peculiaridad muy distintiva y que conservamos fielmente como tradición: nunca una gitana se entregará a hombre alguno que no sea de su misma casta.

—Si acato tus órdenes y sigo a la caravana, zíngaro soy. Eres jefe inteligente, conde; ¿amaste con todo tu ser? Sabes, pues, que no hay razas ni castas si ella me obedece y yo la obedezco. Y... déjame mi última noche de independencia. Al amanecer seré uno más de tu caravana. Ahora, la luna, ella y yo. Hasta mañana, conde Yzeta.

El jefe zíngaro retiróse sonriente. Se acercaba ya al campamento, cuando una sombra colocóse a su lado.

—¿Por qué rondas como alma en pena, Kerr? Antes de la ceremonia de la boda, ella bailará. Quítale a él su pañuelo... si te atreves.



—¿Por qué rondas como alma en pena?

Kerr dejó oír una risa estremecida en triunfante odio.

—¿Estás dispuesto a aceptarle como zíngaro, conde?

—Sí; porque es de la raza de los hombres enteros, que no miente, y si dice acatarme, lo hará.

—¿Él acatar tus órdenes? Es un ladrón procaz.

—Le llamas ladrón porque te robó cara a cara a Karmi. ¿Acaso no robaste tú a Karmi de la tribu de Zurad?..

—Yo quiero sólo prevenirte de que él te robará el mando, porque es hombre que no se aviene a sumisiones.

—El despecho y los celos hablan por tus labios, joven Kerr.

De nuevo rió Kerr con extraña entonación alegre.

—Tu talento y experiencia, conde, son mayores que los de cualquiera de nosotros. Pero ¿no viste que la forma de luchar de ese desconocido le ha delatado?

—¿Te refieres a los rodillazos que tan oportunamente te asestó? —y la voz de Yzeta era sarcástica en la obscuridad.

—Me refiero a su manera de emplear la espada. La usa como si fuera sable de abordaje cuando son varias las espadas que le atacan.

—¿Y qué quieres decir con ello? Por su piel morena, sabemos que es marino.

—Ese hombre... es un pirata.

Ahora fué el conde Yzeta quien rió alegremente.

—Karmi es bella, Kerr… Karmi es divina, y la idea de que no será tuya te ha enloquecido. Tu cabeza desvaría.

—Y la cabeza de él está a precio. Mil luises de oro.

El conde Yzeta asió fuertemente al joven zíngaro por el brazo.

—No admito acusaciones, y lo sabes, que no estén apoyadas en razones.

—Cuando atravesé con mi carreta las calles de París, vi dos carteles muy repartidos por los muros. Se ofrecía mil luises por un bandido llamado el Fantasma Gris y por un pirata español… Miré cómo sabes que se mira en estos casos; distraídamente, sin leer con atención. Y fué un relámpago al ver combatir a ese intruso, recordé de pronto que el nombre del pirata cuya cabeza está a precio de mil luises, era Carlos Lezama, el Pirata Negro.

—Los zíngaros no venden a perseguidos.

—Lo sé. Pero de un pirata no harás nunca un zíngaro sumiso a tus órdenes. Acarreará mal de ojo a la tribu. La justicia nos expulsará a hierro y fuego, porque dimos asilo a un pirata temible…

Kerr siguió hablando, hablando con elocuencia duplicada por su frustrado amor… El conde Yzeta iba escuchándole, frunciendo el ceño…

* * *

Tendióse Lezama bajo la carreta de Karmi y envuelto en su capa, cerró los ojos en plenitud de éxtasis. Poco después dormía profundamente y al filo del alba, cuando aún negreaba y lejanos gallos lanzaban su retadora desafinación, unas sombras andando con los pies desnudos y portando bramantes, rodearon la figura dormida del Pirata Negro.

Cuando Lezama dióse cuenta del peligro, ya disciplinadamente, como ataque que estuvo bien previsto, el Pirata Negro quedaba atado de pies y manos…

Su cabeza y sus rodillas con violentas contorsiones derribaron a varios de sus apresores, pero sucumbió al número. Y mantenido en pie, por los sobacos y el cuello inmovilizado, vió enfurecido cómo Karmi era apartada de allí, aquietada por sus compañeras.

Yzeta avanzó despaciosamente hasta enfrentarse con el Pirata Negro.

—Ni escupirte mereces, desleal felón, que has aprovechado el

sueño de quien confió en tu calidad de jefe, para ordenar que me prendieran. ¿Cuál razón es la que te ha hecho obrar como falsa mujerzuela?

—Tú eres el Pirata Negro, y viniste a mi tribu con intenciones inconfesables.

—Soy el Pirata Negro, que nunca niego mi profesión. Pero tu sensatez ha sufrido eclipse, jefecillo. Vine a tu campamento porque Mariky se terció en mi camino. Desconocía vuestra existencia, y ella fué la que me trajo aquí.

—Y fingiste enamorarte de Karmi, para raptar nuestras mujeres, como pirata ladrón que eres.

—Ella sabe que nada he fingido... Tú eres quien finges, cobardón. Eres falso y alardeas de hombre. ¿Hombres vosotros, que atacáis a traición? Prefiero la compañía de fieras. Aquel mismo leopardo que ahora gruñe como reprochándote tu acto de gallina; aquel leopardo que el traidorzuelo de Kerr privó de hembra, es más noble que todos vosotros.

Kerr rió sombríamente, y en el amanecer destacóse su silueta al inclinarse ante Yzeta y luego hablarle al oído. El conde zíngaro sonrió.

—Tanta jactancia es propia de pirata bravucón-dijo sentenciosamente. —Merecerías que te pusiéramos en la jaula, junto al leopardo ya que tanto aprecias la compañía de las fieras.

—Ordena que destraben mis pies, y con ellos entraré en esa jaula.

—Merecerías que te tomara la fanfarronada en serio y...

—Menos charla, jefecillo. Hasta temo que te falte valor para abrir la puerta de la jaula.

El conde Yzeta parpadeó y bruscamente dió una palmada.

—Cortadle los bramantes de los pies. ¡Kerr! Mantente junto a la puerta de la jaula. Veremos dónde llega la osadía de ese diablo provocador.

Un grito desgarrador llegó desde el lugar donde Karmi forcejeaba entre sus compañeras que, cariñosamente, intentaban aplacarla.

Kerr, brillantes los ojos, acercóse a la jaula, donde “Satán” rugiendo y batiéndose los flancos con la larga cola, daba vueltas en el estrecho recinto fuertemente cruzado de barrotes de hierro.

Tres zíngaros después de cortar con sus puñales los bramantes que inmovilizaban los pies y tobillos del Pirata Negro con infinitas precauciones mantuviéronse vigilantes, arma en ristre.

Carlos Lezama estalló en breve carcajada, brutalmente sonora.

—¡Imbéciles! —exclamó, avanzado.— Ese leopardo os demostrará que nunca me jacto en balde. No me arañará tan siquiera, Yzeta. Y por eso comprenderás, que no has de poder conmigo. Pagarás cara esa traición, jefecillo y desde ahora te prometo que seré Rey de tus zíngaros.

El conde Yzeta lanzó una aguda carcajada.

—Abre, Kerr. Y si no quiere entrar apuñálale.

Aguardó Lezama a que Kerr entreabriera cautelosamente la puerta de la jaula; saltó hacia dentro, pero antes de entrar, dos taconazos derribaron maltrecho al joven zíngaro.

Yzeta se abalanzó presuroso sobre la puerta que cerró, respirando después hondamente... Y la tribu entera presenció un hecho inaudito, para todos ellos incomprensible.

Cuando creían que el leopardo iba a destrozar al que locamente silbaba modulando una extraña música, con baja entonación, vieron al animal alzarse de patas que apoyó en los hombros del Pirata Negro...

Un coro de exclamaciones acogió lo culminación del milagro: los colmillos de la fiera, mordiendo los bramantes, liberaban las manos y los brazos del pirata.

“Satán”, libre ya de la influencia selvática de su hembra, volvía a su fiel sumisión al hombre que le había domesticado, enseñándole que era su obligación dar libertad a los miembros sujetos del que con áspera rudeza dominadora sabía acariciarle.

Y el Pirata Negro rascando la testa de “Satán” rió con salvaje alegría, contemplando los rostros absortos de Ion zíngaros.

Kerr levantándose penosamente del suelo, escupiendo sangre por la boca, desenfundó lentamente su puñal, que emballestó dispuesto a arrojarlo contra su rival.

El conde Yzeta le asió por el brazo, desarmándolo.

—¡Es... un brujo! —gritó Kerr.

—¡Brujería! —gritó la tribu entera.

Karmi sollozaba desmelenada, y Lezama no quería mirar hacia ella.

—Es un brujo —resumió solemnemente Yzeta—. Según el rito zíngaro, tu propio cuchillo lo degollará, Kerr, mañana al amanecer. Porque si Karmi quedó prendida en él, fué por brujería. Si el leopardo le ha liberado fué por brujería. Mañana al amanecer serás degollado, brujo pirata. Y tú, Kerr, tirarás al mar el cuchillo, porque la sangre de brujo trae maleficio.

Desde detrás de las rejas, el Pirata Negro sonrió desafiante,

—Veremos quién degüella a quién, ¡hatajo de poltrones supersticioso! Si el rito zíngaro ordena que yo sea afeitado en seco, tendréis que sacarme de aquí dentro... a mí, y al animalito. Va a ponerse muy barata la carne de zíngaro.

El conde Yzeta fingiendo no haber oído, dió tres palmadas fuertes.

—¡En marcha, la caravana! En cabeza, la carreta de Karmi. Irá vigilada por todas las mujeres de la tribu. Muerte para vosotras si ella huye o facilita la fuga de ese brujo que la ha endemoniado con su sonrisa de Beng.

—¿Beng? Si ese es vuestro diablo resultará un ángel comparado conmigo, cuando yo te coja por mi cuenta, conde Yzeta.

—¡Nunca vi tamaña osadía! —dijo Yzeta—. Pero es lógica en un brujo, que aún enjaulado, se atreve a retar.

Tendióse el Pirata Negro en el suelo, y por unos instantes jugueteó simulando luchar con “Satán”, que, complacido, gruñía.

La carreta-jaula separada por largos e inclinados maderos, del pescante donde sentóse Kerr, púsose en marcha...

Los zíngaros, montando a caballo, fueron conduciendo sus carretas. Yzeta fustigó su bruto hasta colocarse en cabeza de la caravana zíngara.

Karmi, encerrada en el interior del mayor de los carruajes, iba custodiada por sus compañeras...

El Pirata Negro, tumbado indolentemente en el jaulón, silbaba melodiosamente, con las piernas cruzadas en el aire.

A su lado, tendido, el leopardo juntaba su cuadrada cabeza a los rebeldes cabellos del Pirata Negro...

La caravana zíngara tomó a través de los campos y las llanuras, rodando infatigablemente durante todo el día...

Obscurecía cuando se detuvo internándose en un bosquecillo, donde fueron izadas las tiendas activamente.

Y dos horas después, la tribu entera dormía…

CAPITULO VI

Ojos que acechan

Un zíngaro solitario andaba por el campamento. Era el artista de la tribu, el consejero, el gitano a quien todos apreciaban...

Santi Ferobach pellizcaba de vez en cuando las cuerdas del violín que llevaba bajo el brazo. Era su costumbre de pasear; sabían los demás de la tribu, que Santi buscaba inspiración en la noche...

Las pupilas sanguinolentas del leopardo, y la negra luz de los ojos de Lezama, le observaron amenazadores al acercarse a la carreta-jaula.

—¿Qué acechan tus ojos en la noche, violinista?

—Ven lo que otros no han visto. Vieron lo que no supieron ver, cuando confundieron tu exterior indolente y cortés al llegar, con apocamiento cortesano. Adiviné tu verdadero temple...

—¿Vienes a discursear a través de rejas? Abre y te oiré a gusto. Estas malditas rejas están hechas a prueba de elefante. Pero esconde tu violín al amanecer, porque se quedará destripado.

—Karmi llora, Karmi te quiere, pirata. Y sólo hay una verdad en este peregrinar que es la existencia: unir dos soledades. Dices que mis ojos acechan. Sí, han visto mucho... y han visto que tú la quieres.

El Pirata Negro contempló interesado el rostro de Santi Ferobach. Leyó cautela y socarronería en la mirada velada por gruesas antiparras.

—Ellos te creen brujo —siguió diciendo el artista—. Son infantiles, son crueles sin maldad, son zíngaros y les quiero como son. Pero no emplean los sesos con frecuencia. ¿No hablaste de un gato cuando te viste por vez primera con Mariky? Ese es tu gato: el leopardo. Por eso creyeron brujería lo que no es más que fiera

domada por un pirata excéntrico.

—No creo en videntes, pero tus antiparras tienen mucho alcance, violinista. Te mataré el último en consideración a tus sesos.

—Te matarán ellos, pirata. Quizás hundas acero en sus entrañas, y tu gato destroce a zarpazos, pero caerás, caerás sin remedio. Podría aconsejar a Yzeta que prendiera fuego a tu jaula y pereceríais los dos; fiera hombre, y fiera salva. Purificarlos con fuego es también manera de exterminar brujos.

—¡Maldito consejero! —rezongó el Pirata Negro—. ¡Lárgate, corneja! No es de hombres torturar a quien no te hizo daño. ¿Qué me reprochas? No rompí tu violín, y es más, sus notas me encantaban. En cambio tus palabras me asquean. ¿Vienes a gozarte como cuervo graznador?

—Mis ojos han presentido que Kerr matará a Yzeta. Kerr es ambicioso; Kerr desea a Karmi. Kerr matará a Yzeta y se erigirá rey de los zíngaros. Y gobernados por Kerr, sucumbiremos.

—¿Y a mí qué se me da todo eso?

—No sabes cuál ha sido el motivo por el que estamos los dos hablando en voz baja. Tú presientes en mí alguien que sabe comprender que, aunque pirata, eres caballeroso; y yo presiento en ti al que matará a Kerr. Mátalo.

—Pensaba elegirlo el primero, mañana, al amanecer... si no aconsejas fuego. ¿Qué más quieres decirme, violinista?

—Que me llamo Santi, Santi Ferobach. Y mi violín llora porque es zíngaro, y me reprocha lo que pienso hacer. Si abro tu jaula, ¿qué harás?

—Abrela y lo sabrás.

—¿Pretenderás liberar a Karmi?

—Huiré... para volver y matar a Kerr. Me llevaré a la que he elegido por mujer y el conde Yzeta seguirá gobernando a los zíngaros de tu tribu. ¿Cantará tu violín?

—Reirá gozoso. Pero si tu jaula queda abierta, Kerr me acusará.

—Te ataré en su interior. Te cogí por el cuello al pasar tú de las rejas. Apreté... apreté... y tú no querías privar a los zíngaros de las melodías de tu violín. Tuviste que abrir el candado que está lejos de mis manos... Y no soltaba tu cuello. Te amordacé...

—Los zíngaros son magníficos jinetes...

—¡Mejor lo soy yo, Santi! Y si me cogen, te maldeciré para que

ellos no puedan acusarte; pero al morir desearé que tus dedos pulsen las cuerdas lenguos años porque eres socarrón y cauteloso, pero eres bueno y hombre entero.

—Que Karmi dé a tu alma el sosiego que busca, pirata.

—Tus ojos saben escudriñar y adivinar, Santi. ¡Que tu Dios te colme de felicidad e inspiración!

Los ágiles dedos de Ferobach manipularon silenciosamente en el candado. La puerta entrabrióse cubriendo con su cuerpo el del violinista, el Pirata Negro dejó salir al leopardo.

Cerrando de nuevo la puerta, maniató con los restos de bramantes a Santi Ferobach; colocó en su boca un jirón de encajes de la camisa del zíngaro... y apretó su mano en muda despedida.

Saltó al suelo, dirigiéndose hacia donde una masa obscura, dejaba de vez en cuando escapar un sordo relincho o un impaciente piafar.

—¡Zíngaros! —estalló repentinamente la voz de Kerr—. ¡Al pirata que huye!

Lezama cabalgó a horcajadas el primer caballo que halló. Todos estaban sin ensillar, y sin riendas, trabados simplemente por el cuello entre sí por parejas.

En el campamento hasta entonces todo quietud, se produjo una algarabía de gritos de alarma...

El Pirata Negro obligó a los dos caballos emparejados a encabritarse; prodigando coces asustadizas, los dos brutos empavorecidos por la presencia de la fiera, y el espoleo del hombre, crearon una confusión entre la manada.

Silbaron dos puñales; el Pirata Negro inclinó la cabeza y mordiendo ferozmente los belfos del caballo que montaba, laceró a taconazos los flancos del bruto, que partió como un relámpago...

El otro, acuciado por la cercanía pavorosa del leopardo, lanzóse a un galope desenfrenado, mantenido del ronzal por la mano del Pirata Negro.

La persecución empezó. Iba el conde Yzeta en cabeza, montando también un caballo emparejado. Era medida precautoria; si caía reventado el que soportaba el peso del jinete, quedaba el otro que, más descansado, galoparía aún leguas y leguas...

“Satán” con un sexto sentido que en él aventajaba a la inteligencia humana, gruñía manteniéndose a la zaga de los dos

caballos, con lo que contribuía a acelerar su vertiginosa galopada...

Con sus estrechas barrancadas, el terreno variaba anunciando ya las quebradas tierras de transición entre el Mediodía y el Norte. La distancia entre el Pirata Negro y sus perseguidores fué ampliándose...

Lezama saltó a toda marcha de un caballo a otro, y liberó la cuerda que los mantenía sujetos. El estertor del que hasta entonces había cabalgado, anunciaba su próximo rendimiento.

Y "Satán" fué trazando arcos majestuosos en su carrera, lindante con las botas del Pirata Negro... Había cesado la persecución y no se oía ya la galopante sinfonía de los cascos lanzados a la caza del pirata que se escapaba.



El velero navegaba de noche. Durante el día, sus tripulantes dormían en las calas, y nadie podía al divisar su estela, creer que era aquél un barco pirata, porque el madero esculpido en la proa que decía "Aquilón", hallábase cubierto con encerada lona sujeta con garfios.

El "Aquilón" no salía de las aguas que, daban frente al puerto de Burdeos. Todos los ojos acechaban por la noche un monte que se elevaba a la izquierda de la ciudad portuaria.

Y durante el día, maniobrando hábilmente, cuando algún buque surcaba aguas cercanas, con discreta humildad de velero pesquero, el "Aquilón" fingía alejarse en busca de bancos favorables, prometedores de copiosa redada.

Siete días llevaba ya el "Aquilón" en aquella estéril navegación... En la cubierta de proa, el lugarteniente del Pirata Negro, arrugaba aún más hondamente los costurones de su rostro labrado de cicatrices, al meditar alguna frase contundente que venciera los reproches verbosos del andaluz pirata de Chiclana, que por sus esqueléticas piernas, contrastando con su hercúleo tórax, era llamado "Piernas Largas".

—¡Ni "na", ni "na"! ¡Digo! —exclamaba el andaluz—. ¿No me acusabas de que lo dejé solo a "él" en París? También tú, so lenguazas, lo dejaste que se fuera solo al husmeo de aventura.

—Fué a acompañar al "morribundo" que se moría. Iban a un castillo y no podía ir yo. Pero pienso molerte las costillas si me llamas lenguazas, que aquí no hay más palabreo que el tuyo. "Él"

dijo que le aguardáramos; que ya no quería más aventuras en tierra, que al mar volvía porque es rey del mar. Y cuando habla cumple, porque "él" es... es el que me da calor de sol cuando ríe, y frío de noche cuando se enfurece. "Él" es todo. Y si tú no fueras un bellaco asno, te diría lo que es "él" para mí. ¡Si te ríes, te rajo los hocicos!

—No me reiré cuando hables de "él". Pero eso de partirme la carita linda que tengo-dijo el andaluz, cuyo rostro era un compendio de fealdad —, lo discutiremos más tarde, mano a mano, pecho a pecho. Dime, "Cien Chirlos", ¿qué es "él" para tí, carota fea?

—Es... todo lo que no sé explicar. La madre que nunca conocí, la novia que no tengo ni quiero tener, el padre que me tiró al arroyo, el hermano... Es el que enciende fuego... ¡Fuego! ¡Fuego! —gritó de pronto "Cien Chirlos" saltando en pie.

—¿Te dió la luna con un cuerno en la testuz, so chillón? —inquirió asustado el andaluz ante el repentino aullido del lugarteniente.

Pero el segundo del Pirata Negro gritaba órdenes mandando arriar lancha, mientras su diestra señalaba excitadamente hacia la cumbre del monte de Burdeos, donde parpadeaba una fogata...

Era la contraseña con que Carlos Lezama advertía al "Aquilón" que volvía al mar, y que el velero volvía a tener su capitán pirata...

* * *

Respetuosamente destocados de sus gorros, tricornios y chambergos, la tripulación pirata del "Aquilón" apiñabase al pie del castillete de proa.

El sordomudo negro Tichli, sonreía ante el timón, exhibiendo todos sus amarillentos dientes en el rostro de ébano. Navegaba al pairo, alejándose de la costa...

En lo alto, el Pirata Negro apoyó las manos en el reborde del castillete. "Satán" bostezaba lánguidamente a su lado...

Lezama dió dos palmadas sobre la madera en que se apoyaba.

—Sabroso es tocar el leño que flota, mis valientes. Sabroso es también ver vuestros ojos legañosos que escuchan mis palabras en esa penumbra. "Cien Chirlos" me ha dicho que todos habéis cumplido. Y la bienvenida de "Cien Chirlos" ha sido elocuente. Repite lo que me dijiste, guapetón. Que oigan mis valientes al más guapo de los piratas. ¿Qué me dijiste cuando toqué cubierta?

—Que... nadie peleó, porque nos dejas mustios al irte. Y que las velas —rezongó en la obscuridad “Cien Chirlos”— aletearon al venir tú, porque estaban contentas, señor.

—En tus toscas palabras hay grandeza de naturaleza, porque los pinos no saben hablar pero el susurro de sus hojas es elocuente. Bien, bergantes, bribones; tiempo ha que no peleamos ni arriesgamos el inmundo pellejo. Y he vuelto para anunciaros que falta alguien a bordo. Ese velero de mis amores, carece de adorno ¿no, “Cien Chirlos”?

—Lo fregoteamos y baldeamos a “tutiplén”, señor, y en sus velas podría soñarse una niña limpia.

—No diste en lo que quiero decir, guapetón. Tú, andaluz chiclanero, que presumes de culto, ¿aciertas lo que falta a bordo?

—No sé si te molestará lo que voy a espetar, señor.

—Habla sin temor, que quiero oír tu ceceo,

—Falta... una mujer que perpetúe tu nombre y tus hazañas en carne de tu carne.

—¡Así es! Hallé esposa y quiero que reine a bordo de mi barco.

Por tres veces eleváronse en el aire nubecillas formadas por los gorros de lana, tricornios y chambergos. Era el silencioso homenaje de la tripulación pirata a la que había merecido vasallaje amoroso de quien hasta entonces, salvo corto período[1] sólo pasajeros amoríos tuvo.

—Ella tiene por nombre Karmi; es llama viva cuando ama, y carcajada de espuma de ola, cuando ríe. Escultura viva que me abrasa, manos que presas en las mías me dan frescor de ternura. Ella lo es todo para mí... y de vosotros necesito para rescatarla de la prisión con ruedas donde la ocultan cual tesoro cuya posesión me quieren robar. ¿Habéis oído hablar de los zíngaros? Son los piratas de tierra. Presumen de valientes y a veces lo son. No deseo su muerte. Mi único propósito es mostrarles que los piratas del “Aquilón” enseñan a la sombra a ser muda. Me pillaron durmiendo y durmiendo hemos de pillarles. Llevaréis vuestros látigos rompecabezas; cinco de vosotros atenderán a las bellas, que son fierecillas lanzando sus pinchos. No quiero sangre. Os figuraréis que asaltamos un barco anclado y el vigía ha de dar sólo el alerta cuando todos estén empaquetados. Quiero que seáis meras sombras que con las de los árboles se confundan... y quiero durante el

espacio de un día ser Rey de los Zíngaros. ¡Proa a tierra!

CAPITULO VII

A rey muerto…

El conde Yzeta al llegar al campamento después del frustrado intento de dar captura al que había lograrlo huir, llegó con su caballo hasta la carreta donde, atado y amordazado, Santi Ferobach estaba tendido boca arriba…

—Desátalo, Kerr. Que nos explique lo sucedido.

Pero Kerr limitóse a inclinarse sobres su silla y a quitar rudamente la mordaza que impedía hablar al violinista.

—Te ordene que lo desataras-repitió secamente Yzeta.

—Pido que me escuches, jefe, ante toda la tribu. Acuso a Santi Ferobach de haber facilitado la fuga al pirata que tú habías condenado sabiamente a muerte.

Yzeta frunció el entrecejo; sentía gran inclinación por Ferobach.

—Grave es tu acusación, Kerr. Te expones a que marque tu frente al hierro por inventar una calumnia contra un hombre de tu propia raza.

—Digo que Santi Ferobach abrió la puerta, porque el pirata no podía alcanzar el hierro que la cerraba.

—¿Esa es tu prueba, joven Kerr? —preguntó adustamente Ferobach—. No debería siquiera defenderme de tal infundio, pero si eres libre de acusar, quiero también apabullarte, en vez de guardar silencio, que es la actitud que me pertenece. Si de toda la tribu mi prudencia es conocida, ¿cómo puede acusarme de un acto insensato? Razón tienes Kerr, sin embargo, cuando dices que el pirata no podía alcanzar el hierro. Yo fui quien abrió la puerta.

Yzeta, que había despejado el ceño al oír las primeras palabras de su hombre de confianza, arrugó de nuevo las cejas.

—Ladino eres, Santi. ¿Qué quieren significar tus palabras,

cuando tú mismo pareces acusarte en vez de defenderte?

—Quedasteis convencidos de que el pirata era brujo. Si tal era, no debió esperarse al amanecer para degollarlo como deseabais.

—Lo ordena así el rito —arguyó Yzeta.

—Podría habérseles rociado con aceite a él y al leopardo embrujado, y prendiendo fuego habríamos evitado que yo cayera víctima de su brujería. Oíd lo que pasó, tribu de Yzeta. Como todas las noches paseaba por el campamento buscando motivos para mis melodías. El pirata brujo silbaba, silbaba música bruja que nunca oí. Mis cuerdas vibraban sin que yo las tocase. Fuíme acercando, insensiblemente fascinado y atraído por aquel sortilegio, y de pronto me vi aferrado por la garganta. Con una fuerza que ya todos conocéis, el pirata me arrastró en vilo, obligándome a abrir la puerta. Mi culpa es, pues, la de haber dejado que mi temperamento de artista sucumbiera venciendo mi cautela de zíngaro. ¿Soy culpable, conde Yzeta?

—No lo eres; así lo decreto. Yo soy el culpable, porque como bien dicen, siendo é1 brujo, debí ordenar que lo convirtieran en hoguera. ¿Quieres seguir hablando, Kerr?

—Santi Ferobach se ampara en una brujería falsa que...

—¡Calla, insidioso! —gritó Yzeta—. Si tienes enemistad contra Santi, no te ciegue ese sentimiento. Tú fuiste el primero en proclamar la infernal brujería del pirata cuando el leopardo le acarició liberándole de sus ataduras. ¿Vas ahora a negar lo que todos vimos?

Kerr agachó la cabeza, con tozuda expresión recelosa. Apeóse, y entrando en la jaula, liberó a Santi Ferobach. El violinista se puso en pie y acercóse sonriendo a Yzeta:

—Perdona al joven Kerr, Yzeta, como yo le perdono. Son muchas las pérdidas que ha tenido. Su “Zíngara”, que él mismo mató; Karmi, que halló amor lejos de él; y por último el leopardo, que se fué con el brujo pirata que dices...

El conde Izeta rió complacido, pero palmoteo bruscamente con rudo afecto sobre el hombro del zíngaro Kerr.

—No haya querellas entre vosotros. Daos la mano, y besad vuestros pulgares. Paz entre mis hombres. Para ti, Santi, desearía menos temple de artista y más empuje, y para ti, Kerr, menos empuje y más cautela.

—Karmi... Karmi ha de ser mía, conde Yzeta, ahora que nadie osará arrebatármela —masculló Kerr sombríamente.

—Cuando hayamos cruzado la frontera francesa, entonces será Karmi tuya. Pero atiende a mi consejo; Kerr. En tribu gobernada por hombres la mujer casarse ha con quien yo ordene; ¿vas a querer a una mujer que dió su corazón a otro? Nunca será tuya porque siempre pensará en el que la embrujó con su sonrisa de diablo y su mirada satánica.

—El duque Andrés dejó escrita una ley-intervino Ferobach —. Recuérdala, conde Yzeta.

La mención del primer jefe zíngaro hizo que Yzeta se besara gravemente el pulgar. Descabalgó, colocándose entre los dos zíngaros.

—Cítame la ley que ahora no puedo precisar.

—La mujer de nuestra casta que ponga sus ojos y su amor en hombre de otra raza, queda contaminada de silenciosa maldición. Sólo la redimirá el gitano que la elija por esposa.

—¡Yo la quiero por esposa! —dijo impetuosamente Kerr.

Santi Ferobach sonrió astutamente.

—No te precipites, joven Kerr. Añadió el duque Andrés que el hálito de hombre no zíngaro empañaba a la zíngara, la cual quedaba libre de aceptar o no al hombre zíngaro que la pretendiera por esposa. Por tanto, Karmi es la que debe decidir si te acepta o no por esposo.

—¿No consentirás que una zíngara opine contra la voluntad de uno de tus hombres! —gritó Kerr, dirigiéndose airadamente hacia Yzeta.

—Menos empuje, Kerr. ¡Refrénate! Besa tu pulgar y respeta la ley de nuestro duque Andrés. ¡Mariky! Dile a Karmi que venga aquí; la espero.

Karmi llegó andando lentamente. Era evidente el dolor en su rostro y su belleza morena resaltaba más patéticamente al enfrentarse hoscamente con el conde Yzeta.

El jefe zíngaro acarició paternalmente el negro cabello suelto.

—No me achaques, mujer, tu dolor. ¿Amas al pirata?

—He de morir maldiciéndote porque lo apresaste a traición, cuando él te prometió acatamiento, humillando su altivez de hombre nacido para mandar.

—Era brujo, mujer.

—¡Falsía! Un brujo es un ser maléfico, y él era de corazón sensible.

—Sensible a tus encantos, mujer. ¡Basta, Karmi! Limítate a contestar a mis preguntas. ¿Sigues pensando en el brujo?

—Mi último suspiro murmurará el nombre de Carlos Lezama.

—Kerr te quiere por esposa.

—Prefiero que la Pálida siegue con su guadaña mi vida, ya sin alicientes ni esperanzas.

—¿Te niegas a aceptar a Kerr por esposo? Es arrogante. Es nuestro mejor jinete. Lanza el cuchillo como ninguno. Me substituirá en el mando.

—Tú eres nuestro jefe, conde-dijo Karmi irguiendo la cabeza —. Puedes obligarme a que baile para Kerr. Pero terminaré mi danza arrojándome a la hoguera.

Santi Ferobach pulsó dos cuerdas de su insuperable violín; rindieron un sonido agudo.

—¿Qué has pretendido decir con estas notas, Santi? —preguntó Yzeta.

—Todo pasa, todo se olvida, conde. Ella olvidará; su amor morirá. Que sea respetada la ley del duque Andrés. Si Karmi ardiera con la hoguera, yo arrojaría en ella mi violín, porque moriría la flor de la raza zíngara.

—¿Has oído, joven Kerr? Ella no te quiere por esposo; si ahora te escuece la humillación, no guardes resquemor. Queda para todos incólume tu virilidad y valentía. Y quien dude de ellas, será fustigado por mi látigo. Que nadie moleste a Karmi con charla que ella no desee, y nadie importune a Kerr. Ella es libre de dar su corazón a quien elija y él es libre de menospreciarla, porque prefiere amar a un brujo que amar al más arrogante de los zíngaros.

Y el conde Yzeta dió por terminada la contienda. Pero Kerr anduvo el día entero vagando por el bosque; su látigo restallaba azotando tallos y arbustos...

Cuando la noche tendía su manto de sombras, una silueta deslizóse en la tienda del conde Yzeta. Brilló un acero, y en el ancho pecho del jefe zíngaro, que dormía apaciblemente, quedó hundida hasta la empuñadura la hoja traidora del puñal de Kerr...

—¡Alerta, zíngaros, alerta! —gritó Kerr poco después, corriendo

como si llegara del bosque.

Encendiéronse prestamente antorchas y linternas; de las carretas saltaron hombres y mujeres. Y Kerr, con semblante angustiado, gritó:

—El brujo pirata acaba de salir del campamento. Mirad si ha raptado a Karmi; los vuelos de su capa negra flotaban como si ocultaran algo!

Elevóse un lamento; los zíngaros acababan de descubrir el cadáver del conde Yzeta en su lecho. La herida mortal manaba sangre, pero no había rastro de arma.

Kerr fué el primero en abrazarse al muerto.

—Dijo que se vengaría, conde Yzeta. Y te mató. ¡Maldición sobre él! ¿No pudo elegirme a mí? ¡Llorad, zíngaras! Habéis perdido al más justiciero de los jefes. Procuraré imitarle... porque si mi corazón sangra, no puedo olvidar que la tribu queda sin jefe.

—El conde te nombró su sucesor —dijo una vieja zíngara—. Eres, pues, de ahora en adelante, el conde Kerr. Y acatamos tus órdenes.

Kerr levantóse, y su índice señaló a Santi Ferobach.

—Te hago responsable de esta muerte, Ferobach. Si el pirata brujo no hubiese huido, ahora no lloraríamos la muerte de Yzeta. Y también es culpable Karmi, que atrajo al brujo. Atadlos a los dos espalda contra espalda junto a la hoguera, en poste liso. Y cumplid la ley, dormid como los niños duermen, para que el último sueño de Yzeta sea tranquilo y sin agitación. Los dos culpables, despiertos por mi látigo, velarán conmigo el último sueño de nuestro amado jefe.

En el centro del campamento, a la luz de una pequeña hoguera, quedaron amarrados espalda contra espalda Karmi y Santi Ferobach. La tribu se dispuso a dormir para que el último sueño de Yzeta fuera profundo y sin el maleficio de Beng...



—¿Por qué no preveniste la muerte...

El conde Kerr, látigo en mano, quedó arrodillado ante el cadáver de Yzeta, que vestido de sus mejores galas y colocado sobre unas parihuelas floridas, parecía dormir junto a la hoguera...

A la media hora, Kerr púsose en pie, y sus ojos brillaban intensamente cuando se detuvo frente al violinista.

—Si eras un sabio, Ferobach ¿por qué no previniste la muerte por asesinato de nuestro conde Yzeta?

—Lo presentí. Mis ojos leyeron en tu negra alma, Kerr. Puedes alzar el látigo; tu diestra se secará, porque Beng está tras ti.

Kerr miró a sus espaldas rápidamente, con temor. Sonrió forzadamente, y dando vuelta, enfrentóse con Karmi, cuyos cabellos, al mantener inclinada la cabeza, caíanle sobre el rostro.

—A rey muerto, rey puesto-dijo el zíngaro mostrando sus blancos dientes en mueca amenazadora —. Tu vida me pertenece, orgullosa. Puedo ordenar que desnuden tus espaldas y te marquen a fuego. Puedo, si quiero, hacerte degollar. Pero... te amo, Karmi. Consiento en hacerte mi esposa. Serás la esposa del conde Kerr.

Al levantar ella el rostro desdeñosamente, sus cabellos aureolaron el marfileño contorno de sus finos rasgos.

—Por la fuerza nada puede obtenerse, Kerr. En mis sentimientos sólo mando yo.

—Te obligaré a que vivas en mi carreta.

—Nunca obtendrás amor por la fuerza, Kerr. Si me arrancaste de mi tribu, no lograrás, en cambio, arrancar de mi corazón la única imagen que en él hay.

Kerr miró inquieto a su alrededor. Le parecía haber oído rumores sordos... Santi Ferobach intervino, ladeando la cabeza:

—La brisa murmura entre los árboles, Kerr. Y con lo brisa llega a tu espíritu la intranquilidad de Beng.

—¡Calla! Tu turno llegará y cortaré tus manos y tu lengua. Te pudrirás mendigando por las aldeas. Y tú, Karmi, bailarás mañana tu última danza. Después, me pertenecerás.

—Antes que a ti, daré mi cuerpo a las llamas...

Kerr levantó el látigo y, como sierpe silbante, la correa trenzóse alrededor del talle de la zíngara... Iba el nuevo jefe de la tribu a repetir su azote, cuando como si surgiera de las sombras, un cuerpo abalanzóse hacia él, arrancando de su diestra el látigo, mientras otra mano quitaba de su cinto el puñal, que fué a caer a lo lejos.

Y Carlos Lezama, enfurecido, fustigó incansablemente al zíngaro, que obsesionado por las palabras de Ferobach, vió en el que le azotaba a Beng.

—¡Alerta, zíngaros, alerta! —clamó Kerr intentando hurtarse a la lluvia de latigazos que laceraban su carne, ensangrentándola.

—¡Tarde trinas, pájaro! —y en último latigazo arrollador, el pirata Negro tumbó al zíngaro, que quedó tendido, exánime, alcanzado por el plomo de la correa en la sien.

Karmi, transfigurada, semejaba sumida en éxtasis de incredulidad, cuando Lezama, cortando sus ligaduras, la mantuvo entre sus brazos, en silencio.

—Te lloré pensando no verte nunca más. Pero eran solamente mis ojos los que se entristecían, pues en mi alma había esperanza.

—Unidas quedan nuestras vidas, Karmi. Al mar te llevo y será mi velero tu trono. No mires inquieta por el campamento; las sombras que andan libres, son mis piratas. La tribu, contemplando sus manos y pies atados, reflexionará que deben aún aprender

mucho en recursos de silenciosa arteria. ¡“Cien Chirlos”! Esta es Karmi, mi esposa; para que toquen uno solo de sus cabellos, será necesario que te maten a ti.

—Mataré, señor, a quien ose acercarse a su aliento.

El Pirata Negro cortó los bramantes que sujetaban a Ferobach.

—Confié en ti, Lezama, y en el amor que por Karmi sentías. Desgraciadamente, el conde ha muerto. Kerr te acusa de su muerte, aunque yo sé bien que tú luchas frente a frente.

—Kerr te ató, y no creo que te destinase a prolongar melodías en tu violín. Kerr está a tu disposición; por cada latigazo que a ella le dió, le he administrado cien... y me temo que aun fui blando. Haz con ese traidorzuelo lo que se te antoje.

—¿Quieres mandar a todos tus hombres que traigan a los de la tribu aquí y que aviven la hoguera? ¿Confías en mí?

—Como tú antes en mí. ¿Oíste, “Piernas Largas”? Traed para acá al rebaño de zíngaros y avivad las llamas. Que luzca el fuego como si fuera día tormentoso y el sol quemara.

Karmi dió dos pasos, y “Cien Chirlos” la imitó. Karmi miró con cierto recelo al horrendo pirata. Carlos Lezama rió en carcajada alegre, enlazando por los hombros a la zíngara.

—Si yo te pidiera algo, ¿lo harías, Karmi?

—Lo que sea; haré lo que me digas.

—Ese bellaco que se convierte en tu sombra es el más guapetón de mis hombres. Vela por mí con la fidelidad de un dogo; ha salvado mi vida muchas veces. Si luce en el rostro cicatrices que desfiguran ligeramente su natural belleza, las lleva porque se interpuso entre los plomos y los aceros que me buscaban. Es mi lugarteniente; pero es también “Cien Chirlos”, un alma descarriada que merece tu cariño. Oye, valiente: tus mejillas ¿gustan de besos de mujer?

—Ninguna me besó... porque yo no quiero, señor.

—Que tu raza arisca, Karmi, bese en el huraño pirata, la unión de nuestras dos almas. Bésale, que es mi hermano en la lucha.

Karmi, aunque vacilante, rozó con sus labios la rugosa epidermis del corcusido rostro de “Cien Chirlos”. Las llamas, al agigantarse, empurpuraron de rojo la faz del lugarteniente.

El Pirata Negro dió un brusco empellón al fiero “Cien Chirlos”, que sonrió, arrugando su piel en múltiples pliegues...

—Guarda ese tesoro, guapetón. Que nadie más conocerá en el mundo los dos pétalos de rosa que son los labios de mi mujer.

—Tardaré... tardaré en lavarme la cara, señora-dijo hoscamente el lugarteniente.

Y fué Karmi la que ahora rió alegremente, mientras sobre sus hombros sentía la dulce presión del musculoso brazo que la ceñía cariñosamente. Y besó la mano nervuda y morena de Carlos Lezama, cercana a su corazón.

Santi Ferobach dedicábase a una original faena. Había levantado al desvanecido Kerr, atándolo contra el poste donde instantes antes estaba él.

El zíngaro, en jirones su ropa, permanecía, con la cabeza caída sobre el pecho, privado de conciencia...

Santi Ferobach, ayudado por dos piratas, puso en pie las angarillas donde reposaba su último sueño definitivo el conde Yzeta. Finos bramantes invisibles a la luz de las llamas mantenían contra las parihuelas enhiestas al conde zíngaro, y sus brazos semejaban cruzados.

Por los párpados abiertos del muerto una mirada plácida contemplaba a Kerr... Santi Ferobach dirigióse a la tribu, que miraba sombríamente a hurtadillas, a sus vencedores.

—Ningún mal os sucederá, hermanos-habló el violinista —. Retroceded todos, para que no os vea Kerr al recuperar sus sentidos. El que pretende ser vuestro rey, ha de enfrentarse con el que murió alevosamente asesinado. Cuando Kerr abra los ojos, cantad en murmullo el lamento zíngaro...

En el claro de luz quedaron, tan sólo: Kerr, atado al poste, aún inconsciente, y el conde Yzeta, fantasmagóricamente en pie, con los brazos cruzados, mirando con bondadoso reproche a su asesino.

Santi Ferobach velaba con su cuerpo parte de la refulgencia de la hoguera. Su violín en sordina arpegió un sollozo fúnebre, y su voz subió de tono al decir:

—Beng... te azotó porque le asustas, joven Kerr. Le asustas...

Kerr sacudió la cabeza, flotando aún en una semiinconsciencia.

—Beng te azotó... porque le asusta tu maldad, joven Kerr.

Un coro de bajas voces entonó una tétrica melopea de salvajes reminiscencias. Kerr abrió los ojos lentamente...

Proyectada en aumento, la primera figura que vió fué la del

conde Yzeta acechándole, con los brazos cruzados, en actitud de reprensión…

—¡Yo… te imploro, conde! —aulló sudoroso el zíngaro.

Obedeciendo a la señal de Ferobach, un total silencio había invadido el campamento. Sólo se oía la agitada respiración de Kerr, cuyos cabellos destilaban gotas de sudor…

—¡Fué mi puñal, pero no mi voluntad, conde Yzeta! ¡No te maté! ¡Fué Beng quien me condujo de la mano hasta tu tienda! ¡Perdóname, perdóname!

Quebróse la voz en un espasmo de sollozos, y de nuevo perdió el sentido el joven zíngaro.

Santi Ferobach volvió a colocar normalmente las angarillas que soportaban el cadáver de Yzeta. Un coro de imprecaciones levantóse entre los maniatados zíngaros, pidiendo la muerte de Kerr…

Santi Ferobach acercóse al zíngaro atado al poste. Quiso levantarle los párpados, y, de pronto, inclinándose, apoyó su oreja en el pecho de Kerr.

Alzando los brazos, besóse después el pulgar.

—Ha muerto. Su conciencia le ha matado. El espíritu del mal ha huida con la muerte de Kerr. Llorad ahora la ausencia del conde Yzeta. Su muerte ha sido vengada.

CAPITULO VIII

Caravana pirata

—Prestadme atención, zíngaros-dijo el Pirata Negro, dirigiéndose a la tribu prisionera —. Estaréis sin libertad de movimiento, y vigilados por mis piratas, hasta el amanecer. Mis hombres excavarán tumba para vuestro conde, y yo, el Pirata Negro, soy ahora, por espacio de unas horas, vuestro rey. ¿Que no me habéis elegido? Me impongo, y nadie puede dudar de que dispongo de vuestras vidas. Pero os quiero demostrar que, aunque ladrón de mar, puedo daros enseñanzas en muchos aspectos, a vosotros, ladrones de tierra. Elegí libremente el someterme a la ley zíngara, porque entre vosotros había hallado la mitad que a mi alma errabunda le faltaba. Vosotros, mal inspirados, aprovechasteis mi sueño confiado para apresarme... ¡Quieto, "Cien Chirlos"! Agradezco el puntapié que le has asestado al zíngaro que tenías más a tu alcance, pero no repitas, porque te voy a corretear por todo el campamento a botazos en las posaderas.

"Cien Chirlos" encogióse, adoptando una actitud de perfecta inocencia.

—¡"Piernas Largas"! Monta un penco y trota hasta la posada del Bearn en la ruta del norte. Hallarás allí a un caballero algo medroso, llamado el barón de Poisse. Tráelo, y dile que podrá llevarse a su hija... ¡Marcha!

Aguardó unos instantes el Pirata Negro... La tribu entera le contemplaba con extrañeza y cierto temor.

—La mujer que está tras mí, y cuyos ojos acarician mi corazón, ya no es Karmi la zíngara, porque es mi esposa. Será el tesoro que me llevo. Y vosotros podréis seguir vagando libremente por las llanuras. Pensad por un instante que yo fuera vengativo, o

realmente, un pirata sin sesos. Ahora mis hombres os pasarían a cuchillo a vosotros, zíngaros, y ellas, las bellas, adornarían por unos días mi velero, hallando después tumba en el mar. En vez de eso, me he propuesto enseñaros que cuando son españoles, los piratas tienen poco de villano. Estáis sin rey; murió el bueno, y el que no merecía serlo le ha acompañado en el viaje. Si poseéis un adarme de sentido, vuestro rey será Santi Ferobach. Porque reúne cualidades de jefe; tiene reflexión, es sensato, y bueno y os quiere. Cuando al amanecer, con vuestros caballos como presente de bodas, parta la caravana pirata, quedará sólo con vosotros Santi Ferobach, y él verificará un acto simbólico. Irá cortando vuestras ligaduras; no serán bramantes los que caerán cortados por su puñal. Será la ignorancia, la traición, la deslealtad lo que él hará desaparecer de la tribu del conde Yzeta, porque gobernados por él, un artista y un hombre inteligente, viviréis felices.

El Pirata cruzóse de brazos y estalló en carcajadas irónicas.

—Hasta ahora me he metido en un asunto que al fin y al cabo me tiene sin cuidado. Allá vosotros, si queréis elegir por rey a un oso, o a una vieja desdentada y gruñona. Ahora, pasemos a otra cuestión. Las olas del Caribe dicen que soy galante. Quiero seguir siéndolo. Hay entre vosotras cinco zíngaras, cuyas espaldas desnudas tendría que ver. Voluntariamente... ¡Ten la lengüecita, Mariky! Percibo que vas a insultarme, y has quedado sin puñal que lanzarme, aunque tus ojos me asestan mortales pinchazos. ¿Creéis capricho de pirata loco el que yo quiera ver cinco espaldas desnudas? Os contaré una historia, bellas zíngaras. Escuchad con especial atención, vosotras, que os llamáis Ysabita, Airya, Tony, Aruane y Mariky.

Santi Ferobach avanzó un paso, y colocó su mano en el antebrazo del Pirata Negro.

—Confío en ti, caballero pirata. No humilles... a las que si bien son caprichosas y rebeldes, a las que si bien yo les chillo con frecuencia, son buenas y merecen todo respeto... fuera del campamento.

—Dentro y fuera, yo las respeto, mientras no quieran que tal respeto se les pierda. Escuchadme, lindas corzas. Hubo antaño una niña que jugaba incauta, alejada de su castillo de hadas; vivía amada, y tenía cuanto quería. Pasaron cerca de ella unos caminante

morenos. Quizás ella se sintió atraída por una música de cantos joviales, o quizás deslizó su manita sonrosada en la palma de una zíngara sonriente. Desapareció la niña que hoy sería baronesa, y queda una zíngara, en su lugar. La que podría lucir joyas restallantes de fulgores; la que sería cortejada por rendidos nobles; la que se bañaría en perfumadas aguas; la que yantaría delicadas viandas sin tenerlas que cocinar... prefiere quizás andar con los pies desnudos, soportar calores y fríos, tener que aguantar los denuestos de los “payos”, bailar para comer, en vez de bailar cuando sólo os lo pida el cuerpo retozón. Yo, si fuera mujer y al azar doy gracias de que me librase de tal desventura, creo que elegiría ser mimada de la fortuna y baronesita con carroza. ¿Y vosotras? Habla, Mariky; no me insultes, que los labios rojos son siempre más bellos si hablan dulcemente.

—¡Tú... tú eres un...! —y reprimiéndose, la menuda zíngara de ojos fascinantes añadió más reposadamente:— ¿Qué tiene que ver tu leyenda con mis espaldas desnudas?

—Alienta en tu voz la sabiduría de la mujercita lista. Hay un barón cuyos impulsos paternos confundisteis con otros menos honestos. Busca a su hija, y la reconocerá cuando en sus espaldas haya visto una marca inconfundible. Y la llevará, en carroza a su castillo. Pero estoy seguro-dijo sardónicamente el Pirata Negro-de que preferís seguir siendo zíngaras a baronesas. ¡Bah! ¿Encajes, joyas, mandar? Mucho mejor es dormir en la hierba, lucir metales sin valor y ser azotadas por el zíngaro que os elija como si fuerais ganado. Cambié de idea; guardad vuestras espaldas cubiertas...

—¡Desátame... y que quede al aire mi espalda! —gritó Tony.

—¡Un momento! —atajó Ysabita—. Tú, que tanto pareces saber, ¿dónde has oído la leyenda de la baronesa zíngara? ¿Quién te afirma que puede ser una de nosotras?

—Un zíngaro llamado Zurad contó esa historia verídica al barón de Poisse. Y éste me la contó a mí.

—¿Zurad? —inquirió Aruane—. Entonces... también tu esposa puede mostrar sus espaldas...

—Tuve el privilegio de besar sus hombros desnudos y ella... no tiene la marca que la haría baronesa. Prefiere ser la reina de mi velero.

—Di cuál es la marca y... —empezó a decir Airya. Y de pronto

chilló:— ¡Jesús! ¡Tú eres Ysabita! Tú... tienes una semiluna en el hombro, una cicatriz...

El Pirata Negro inclinó la cabeza en burlona reverencia.

—Si tú posees la marca en tu preciosa carne de escultura, eres la baronesita de Poisse. ¡Destocaos, bergantes, y saludar a la baronesa zíngara!

Los gorros, chambergos y tricornios volaron por los aires. Ysabita tendió sus muñecas atadas, Sonriente.

El Pirata Negro tocó en el hombro a Santi Ferobach, quien cortó el bramante con su puñal. Ysabita se abrió el ancho escote de su blusón, y en el hombro moreno so miró una pequeña cicatriz.

—Si de mí dependiera, todas seríais baronesas y os mandaría a muy lejanos castillos-dijo irónicamente el Pirata Negro —. Pero, desgraciadamente, el barón de Poisse fué prudente; se contentó con tener una sola hija. Mirad el cielo, zíngaros va palideciendo. Apunta un nuevo día, y a lo lejos rechinan ruedas de carroza... Meditad sobre la vanidad de todo lo humano; dos cadáveres reposan, dos zíngaras parten a nueva vida... Tratad de sacar de la existencia el jugo más sabroso. Y acabóse mi verborrea; tratad también de sacarle al señor barón algún donativo que compense su regalo de bodas. Los caballos que me llevo. Trae acá el blanco de larga crin, “Cien Chirlos”. Es montura propia para llevarla a ella. ¡Caravana pirata! ¡A los caballos!

“Piernas Largas” adelantóse a la carroza, y detuvo su bruto ante el blanco caballo en que el Pirata Negro mantenía frente a él en la silla a la sonriente y enlazada Karmi.

—El tipejo... digo, el barón, viene desalado. Mandó cargar oro; piensa regalarlo a los gitanos, señor.

—Aunque te sepa mal y lo declares con pena, el oro quedará para los zíngaros. Nos bastan los caballos. No somos ladrones de tierra, chiclanero. ¡Formad caravana!

Diez piratas hicieron caracolear sus caballos en semicírculo, abriendo marcha. En el centro, Carlos Lezama llevaba al paso su brioso corcel. A retaguardia, otros diez piratas cerraban la comitiva.

“Cien Chirlos” trotaba feliz a la diestra del caballo del Pirata Negro y Karmi, a la izquierda; el andaluz “Piernas Largas” entonó copla vibrante:

“El solo nombre de mujer

siembra dulces estremecimientos;
que es para embriagar de sol,
que sonríe en sumiso querer
la reina de tus sentimientos...”

—¡Larga vida a nuestra reina! —aulló el círculo de jinetes.

—¡Al galope! ¡Presto, al mar! —gritó el Pirata Negro, y con sonora carcajada exclamó:— ¡Huid de los caminos de la gente honesta! ¡Atajos y campos! ¡Al galope!

¡Una nube de polvo,fué ocultando en la lontananza la caravana pirata...

* * *

Obscurecía, y fatigada por el raudo galopar, Karmi reclinó su cabeza en el hombro del Pirata Negro, que condujo su caballo al paso. Clareaban a lo lejos las luces de Burdeos, y la línea líquida del mar, moteada de blancos encajes de espuma, fué escudriñada por los piratas.

Alguna que otra vela flameaba destacándose en la negrura del horizonte. También miraban hacia el mar los componentes de un escuadrón de “chevaux-légers”, mandados por el implacable Gastón l’Arsouille.

Los treinta jinetes permanecían ocultos e inmóviles tras los emparrados altos de un viñedo bordelés. Gastón l’Arsouille, antiguo espadachín perseguido por la justicia, hizose perdonar sus crímenes al engrosar las filas de los que eran llamados “los vigilantes de rutas”.

En el sedicente París, malas lenguas afirmaban que el viajar ofrecía un doble peligro; el de huir de los salteadores de caminos y el de procurar evitar el contacto con los “chevaux-légers” de Gastón l’Arsouille, que, bajo pretexto de asegurar las vidas de los viajeros, substituían muchas veces a los salteadores.

Pero ahora, Gastón l’Arsouille no acechaba ninguna carroza de posta. Por confidencias obtenidas de un marino en Burdeos, averiguó que veintidós hombres al mando de un individuo que correspondía al señalamiento que se daba del Pirata Negro, habíase internado tierra adentro en dirección al Sur,

Y el velero del que habían partido en lancha, que continuaba anclada frente a la loma oriental de la ciudad, navegaba por las noches oteando en las aguas frente a la referida loma.

Y Gastón l’Arsouille quería ganarse el favor del Rey llevándole vivo o muerto al perseguido pirata… y ganarse a la vez los mil luises ofrecidos como recompensa.

Sus treinta jinetes seleccionados desenvainaron silenciosamente cuando Gastón l’Arsouille, señalando un punto lejano, advirtió:

—¡Vienen caballos hacia aquí! Recordad: muerte a todos. Por cada pirata os darán cincuenta luises, y seréis ascendidos. Que vuestros aceros demuestren su valía… Acometamos por sorpresa…

—Ahí se recorta la linda proa del “Aquilón”, señor-dijo “Piernas Largas”. —No hay barco más pinturero en todos los mares.

—No lo hay, tienes razón, coplero. ¿Y nada más ves?

—A media altura de la loma por donde tendremos que pasar, hay tipejos montados, y relucen aceros, señor.

—Muchos parecen, aunque sean pocos para nosotros. ¡Cerrad filas, mis valientes! ¡Alto! —gritó el Pirata Negro, empinándose en los estribos.

Los caballos fueron cerrando el círculo, en cuyo centro quedó Lezama, que puso pie a tierra, y de cuyo cuello quedó colgada por unos instantes Karmi.

—A bordo quedan Tichli y uno para las velas. Tú, “Cien Chirlos”, vas a tomar por el atajo sur; te confío a mi esposa. La llevarás a bordo, mientras nosotros distraemos a esa masa de aceros, que mal me engaño si no piensan cortarnos el camino.

—¡Yo me quedo contigo! —protestó vibrante Karmi—. Donde tú no estés, no hay aire para mis pulmones…

—Contigo peligraría la vida de mis hombres, mi bien. Obedece, y si a “Cien Chirlos” te confío, es porque sé que llegarás a bordo como si fueras conmigo. ¡Aúpala, guapetón! Y galopa a la lancha. ¿Ves, Karmi? Mi segundo ya ha envuelto los cascos del potro en trapos, y cuando nosotros nos abramos camino, tú me aguardarás ya en mi velero. Hubiese querido entrar en el “Aquilón” contigo en mis brazos…, pero aquellos de allá me han estropeado el festejo… y les costará caro. Anda, “Cien Chirlos”, deslízate al paso hacia la barrancada…

—¡Vayamos todos hacia ella! —gritó Karmi.

—Y ellos nos correrían a pólvora y si el plomo te hiriera, perdería mi tesoro. Atiende, guapetón: has de llegar con ella al “Aquilón”.

—Llegaré, señor.

—Un rasguño en ella, y te ahorcaré.

—Me ahorcaría yo, señor, si tu reina sufriera el menor daño. ¿Puedo irme, señor?

—Hasta pronto, Karmi... ¡Abrid círculo! —gritó poco después, cuando ya a espaldas de ellos hubo desaparecido el caballo que conducía a Karmi y “Cien Chirlos"—. Al paso y sed incautos... hasta llegar cerca de los que nos esperan. Cantad con mesura, y cuando yo silbe, atacad.

La caravana pirata ofrecía un aspecto de despreocupación que alegró a Gastón l’Arsouille.

—Vienen hacia acá cándidamente —rió l’Arsouille—. ¿Creen quizás que en Francia no hay vigilantes que velan por la gente pacífica? Amartillad las pistolas...

La canción pirata fué de pronto cortada por estentóreos silbidos, y el tranquilo paso de los jinetes que se acercaban fué substituido por un endiablado galopar en todas direcciones.

Los caballos eran conducidos en serpenteantes ondulaciones y pegados a los cuellos de los espoleados brutos, los jinetes no ofrecieron blanco a los disparos de los “chevaux-légers”...

—¡A ellos, mis valientes! ¡Sin clemencia!

El círculo fué cargando concéntricamente, como una tromba, contra los “chevaux-légers”...

—¡Al ataque! —clamó Gastón l’Arsouille, furioso, al ver que la sorpresa volvíase contra sus propios hombres.

El combate trabóse con rudo chocar de aceros y rebotar de pechos de caballos...

CAPITULO IX

El mensaje de Zurad

La lancha balanceábase blandamente en la cercanía del desembarcadero, en la desierta extremidad de un dique exterior de Burdeos.

"Cien Chirlos" haló la cuerda hasta atraer junto a la piedra la pesada embarcación, y recordando un gesto que había visto hacer a su ídolo, dobló el brazo presentando a Karmi su codo para que se apoyara en él.

Rió como gárgola satisfecha, cuando Karmi, viéndole remar hacia un anclado velero que aparecía empequeñecido tres millas más allá, preguntó:

—¿No es imprudencia mantener el barco tan cerca de la costa?

—No debes preocuparte, señora. El "Aquilón" es el más maniobrero de los cascarones bonitos, y Tichli lo maneja como si fuera esta lancha.

—¿Quién es Tichli?

—Un negro sordo y mudo. Es de las Antillas y le da un susto al miedo, de tan feo como es... bueno, mejorando lo presente.

Karmi sonrió extrañada ante la última frase que "Cien Chirlos" empleó para prodigarle una "finura" a lo caballero.

—No he entendido eso de: "mejorando lo presente", "Cien Chirlos".

—Está claro, señora. He oído citar esas palabrejas cuando se habla de cualidad en ausentes. Y ser feo es cualidad en hombres.

—Entonces, tu señor capitán ¿no posee esta cualidad?

—"Él" es distinto. "Él" es él. ¿Tienes frío, señora?

—Pienso que estará corriendo peligros, que quizás... un plomo o un frío acero corte su vida, y yo estoy aquí, huyendo...

—Lo mandó así y hay que obedecer, señora. Pero por lo que dices de plomo y acero, no hay cuidado. Aun no se ha fundido.la bala ni se ha templado el acero que puedan vencer a nuestro amo. Se acerca ya el "Aquilón"; mírale cuán bello es.

—¿Es femenina la nave, "Cien Chirlos"? —preguntó sonriente Karmi, a quien reconfortaba la seguridad y la fidelidad con que el lugarteniente hablaba de "él".

—Sí... porque dice el andaluz de las piernas largas que, como toda mujer, una nave vale más por su aparejo que por su casco.

—Pienso que seré feliz a bordo.

—Todos somos felices, porque no hay nave mejor ni pirata más cumplido, generoso y audaz que el señor Lezama. Tienes la dicha, señora, de que se haya enamorado de tí el hombre más cabal de todos los mares enteros.

El pirata siguió remando vigorosamente hasta que, con hábil deslizamiento, atracó el costado de la lancha al extremo pendiente de la escalerilla que colgaba desde la cubierta del velero.

—No hay luces, "Cien Chirlos".

—Es natural, señora. Basta con la de proa. Pero en el camarote de la sala capitana hay profusión de linternas. Ahí es donde vivirás.

La zíngara trepó ágilmente por la escalerilla. "Cien Chirlos" engarfió la lancha para que no fuese a la deriva.

—¡Baja, zoquete! —bramó, llamando al único pirata que acompañando a Tichli había quedado a bordo para la maniobra de velas—. Tienes que ir a tierra a esperar... ¿Se habrá dormido, maldita sea? Me huelen sus riñones a tortilla, cuando le eche la zarpa encima.

Y el lugarteniente izóse atléticamente a fuerza de puños hacia lo alto. Rozaba su cabeza con la cubierta, cuando simultáneamente dos pesados remates de cadena abatiéronse sobre su cráneo...

Cuatro zíngaros inclináronse encima del cuerpo del lugarteniente, doblado en la cubierta.

—Murió, conde Zurad. Le estalló el cráneo.

Un zíngaro lujosamente ataviado, de blancos cabellos, encuadrando un moreno rostro cruel, señaló a Karmi envuelta de rostro y busto en tupida tela atada bajo la cintura.

—Llevadla a la lancha nuestra. Y tú, Jerual, quédate hasta que la lancha se separe. Iza el ancla y que el barco se estrelle contra las

rocas. Mi mensaje, de una forma u otra, llegará a manos del Pirata Negro.

La cubierta quedó desierta cuando Jerual, tras izar la cadena del ancla, y ponerse en movimiento el barco, lanzóse al agua y alcanzó a nado la lancha donde Zurad y sus zíngaros llevábanse a Karmi.

El "Aquilón" iba a la deriva... Ante el timón, clavado a puñaladas, estaba reclinado el cadáver de Tichli, el piloto, de cuyo cuello colgaba un estrecho y largo tubo de hierro.

* * *

Clavado también con cuatro puñales contra la cubierta, el otro pirata se desangraba lentamente, y las gotas al caer mezclábanse con la que manaba de la frente de "Cien Chirlos"...

El lugarteniente estaba inmóvil, con los brazos en cruz... Una de sus manos se cerró crispadamente; la otra arañó el liso suelo de madera...

—¡Ri... riza vela... que nos coge... ola de babor!...

Arrodillóse, tras haber lograda sentarse con penoso esfuerzo. Y fué andando a gatas, hasta desaparecer por la escalera de cala. Bajó rodando los peldaños; chocaban sus miembros con la madera y los herrajes...

Quedó de nuevo tendido en la obscura cala... Poco después, con el rostro contraído en muecas espantosas, arrastróse hasta la entrada de la bodega.

—Nun... ca cogí... tal cogorza... —balbuceó—. Si "él" se entera de que... me he emborracha...

Dio otro traspiés y rodó cuán largo era entre, filas de botellas y barriles...

—¿Dónde... dónde estás, maldito seas? —musitó roncamente.

Al fin, su mano tropezó con un ventrudo frasco de añejo "brandy" robado a un galeón inglés. Rompió el gollete, degollándolo contra la arista de un tonel, y se vació el contenido entero del frasco sobre la resquebrajada cabeza, frotándose las heridas con la otra mano.

Miróse los dedos sangrientos...

—¡Tifones y hatajos de marrajos! Eso es sangre... mía... No estoy en uvas... Es... ¡el diablo me asista!...

Corriendo en la medida que sus fuerzas se lo permitían, llegó hasta cubierta. Vió peligrosamente cercanas las costas; corrió al

timón, desclavando a Tichli, que rodó pesadamente al suelo.

Y maldiciendo y llorando por vez primera en su vida, un enloquecido y desamparado "Cien Chirlos" fué girando la rueda timonel, tratando de mantener el velero al pairo.

Balbuceaba con infinita rabia y dolor:

—¡¡Me la quitaron, señor...! ¡Me la quitaron...

* * *

Quince piratas polvorientos y de ropas desgarradas llegaron a caballo hasta el lugar donde debía hallarse la lancha.

Desmontó el Pirata Negro, cuya frente aparecía surcada por un rasguño-la última estocada de Gastón l'Arsouille —, y oteó a lo lejos. Vió al "Aquilón" navegando en culebreo, al pairo.

—¡Torpes son! No dejaron la lancha. ¡Al agua, mis valientes! Nadar nos limpiará de sudores y de la infecta tierra. ¡Al agua!

Volvió a montar, y espoleando el bruto le obligó a zambullirse en pesada panzada. Poco después, lo abandonaba y a largas brazadas vigorosas, seguidos por los restantes piratas, nadó hacia el velero.

Izándose por las cuerdas de los costados, los piratas supervivientes pisaron cubierta minutos después que su jefe.

Vieron los dos cadáveres y al atribulado y sanguinolento. "Cien Chirlos", que desviando la vista, seguía dando vueltas al timón.

—¡Echad anclas, bribones! ¡Raudo, mala centella me coma!

La voz del Pirata Negro era ronca, mientras lentamente, se acercó a "Cien Chirlos", cuando el velero quedóse inmovilizado.

—¿Dónde está Karmi, que no ha salido a recibirme, buen mozo?

—¡Señor! Yo, al subir, quedaba extrañado de que...

—¿Dónde está Karmi? —y la voz era incisiva, mordiente, cruel.

—La raptaron, señor. Yo...

Un feroz puñetazo derribó al suelo, como toro apuntillado, al herido lugarteniente, que sacudiendo la cabeza para despejar la pesadez de párpados, volvió a gotear sangre.

Incorporóse vacilante, y, adelantándose, ofreció de nuevo el rostro. Otro puñetazo, más fuerte que el anterior, hízole rodar sin sentido por la cubierta.

—¡Atadlo al mástil! ¡Pasadle una cuerda al cuello! ¡Pronto!

Cuando "Cien Chirlos" vióse atado de cintura al palo mayor, y alrededor de su cuello una soga de cáñamo, sonrió con tristeza.

—Que muera libre de manos y pies, señor. Que mi último baile sea de hombre.

—Morirás colgado, como imbécil cobarde que eres...

—¡No, señor! ¡No! Cobarde nunca he sido. Si merezco muerte, dámela, que mi vida es tuya. Pero déjame contarte lo que ocurrió y luego que icen el cáñamo. Ella subió primero, y al seguirla yo, una montaña cayó sobre mi cabeza. Perdí el sentido, lo reconozco avergonzado, y luego no la vi a ella. Sólo vi esos muertos, y el velero a la deriva. Tuve que desclavar a Tichli... y ahora manda que icen mi apestoso cuerpo, que no supo defender a la gloria de tus amores.

El Pirata Negro miró un instante al negro apuñalado; vió colgante de su cuello el tubo de hierro. Agachándose lo recogió rompiendo de brusco tirón la cuerda que lo mantenía atado al negro cuello.



Acercóse a la linterna...

Acercóse a una linterna y a la roja luz leyó:

“Mensaje del conde Zurad al Pirata Negro.

”Los cadáveres se pudrirán; pero la resaca llevará algún día esta carta a tus manos. Come con buen apetito, pirata, instálate cómodamente en buen sillón de pieles, y lee cuanto voy a narrarte.

”Karmi era el orgullo de mi tribu y un osado zíngaro loco me la robó. Seguí su pista por montes y valles. Pero la astucia puede más que la fuerza. Compré a un zíngaro de la tribu de Yzeta. Día tras día, sabía lo que en el campamento ocurría. Supe de tu llegada, supe de tu osadía, y mis jinetes más veloces te siguieron cuando huiste. Me contaron cómo un velero te esperaba, y cómo de él bajaste en compañía de otros piratas.

”Luchar con la tribu de Yzeta me repugnaba. Empleé la astucia: si tú ardías de amor por Karmi, me evitarías que manchara mis manos de zíngaro con sangre zíngara.

”Una lancha me llevó a tu bordo, cuando ya varios de mis hombres hubieron matado a ese negro que me mira estupefacto y al otro pirata, que en el barco dejaste.

”Mis ojos son agudos, y acércase la lancha donde sólo viene un pirata conduciendo a Karmi. Morirá. Tu barco se estrellará contra las rocas. Y será mejor venganza que la de darte muerte. Llora, si sabes, por la mujer que nunca más has de volver a ver.

” Conde Zurad.”

Los dedos nervudos y morenos se agarrotaron; el papel crujió y fué tal la intensidad diabólica de la mirada que el Pirata Negro echó a su alrededor, que sus hombres se estremecieron.

—¡Izad! —ordenó secamente.

“Cien Chirlos” volvió a sonreír

Acercóse a la linterna mientras por sus ojos resbalaban lágrimas.

—¿Lloras ahora, bribón?

—Por ti, señor. Por tu pena, que mi pecho siente como mía. ¡Que la encuentres y seas siempre dichoso!... ¡Izad, bribones! —gritó a los que debían colgarle—. ¿No habéis oído que “él” lo ha mandado?

Los pies de “Cien Chirlos” balanceáronse; volvió la espalda el Pirata Negro, mientras “Piernas Largas”, apenado, contemplaba el cuerpo colgado por la garganta del pirata, con el que siempre peleaba, y que ahora lamentaba perder.

De pronto, el Pirata Negro dió brusca media vuelta, y, desenvainando, cortó en salto impulsivo la soga de cáñamo.

“Cien Chirlos” rodó por cubierta resollando y tosiendo. La espada que le había librado de la muerte, segó sus ligaduras.

—¡En pie, bellaco bribón! Tu muerte no me devolvería a ella.

Tiritas quisiera hacer de tu pellejo y hundirte en barril de sal. Te confié al único tesoro que hasta hoy encontré… y te lo dejaste robar. ¿Tú eres un pirata? Tú eres estiércol de vaca…

—Sí, señor, lo soy. Dime quién te la robó, y le arrancaré el corazón a mordiscos.

—Cierra tu boca, o seré yo quien te arranque la lengua a mordiscos. ¡Oídme todos, hatajo de inútiles! Basta ya de navegar por aguas peligrosas. “Piernas Largas” manda ahora en mi velero. Tú, “Cien Chirlos”, irás al timón. Bogad a la isla donde, cuando vinimos, tomamos agua potable. Allí aguardaréis hasta que yo vuelva. Si dentro de tres meses no he vuelto, el barco es de vosotros, bajo el mando de “Piernas Largas” como jefe y de “Cien Chirlos” como segundo. Hasta la vista o hasta nunca… Y abrid las orejas: si alguno de vosotros se atreve a seguirme, juro por ella que lo despellejo. ¡Trae mi saco de ropa y mis armas, andaluz! ¡Pronto! ¡Arría un bote ligero con dos remos ' vela, “Cien Chirlos”.

Las órdenes que daba el Pirata Negro fueron efectuadas en silencio. El andaluz vino portando un voluminoso saco.

—¡Échalo en el bote!

“Piernas Largas” obedeció, y el saco descendió con la lancha velera que arriaba un cariacontecido “Cien Chirlos”.

—¿Y… el leopardo, señor? —inquirió respetuosamente el andaluz.

—Déjalo encerrado en mi camarote. Dale de comer… y si yo no vuelvo, descerrájale un pistoletazo, o si te atreves, déjalo correr por la selva cuando lleguéis a las Américas. Adiós, mis valientes.

Cuando hubo desaparecido la lancha llevándose al Pirata Negro, “Piernas Largas” frotóse ferozmente los ojos.

—¡“Mardita zea” la niebla! —ceceó espantosamente. Sus escasas emociones aumentaban su acento andaluz—. Todos a sus puestos. ¡Proa a la isla!

El velero fue alejándose a toda vela. “Cien Chirlos” fué relevado al amanecer, y se dirigía a la cala para curar su cabeza abierta, donde provisionalmente habíase efectuado una cura de “urgencia”, pasando por los bordes su puñal ardiente en fuego de antorcha, cuando “Piernas Largas” le detuvo.

—¿Dónde vas, carota fea?

—Donde… me da la gana, zoquete.

—Cuidado con los motes, pirata. Aquí mando yo a bordo.

—Mandas tú, porque “él” lo mandó. Pero para romperte los dientes me sobra una mano.

—Bulería le llamo yo a eso, lenguazas. Prueba a darme en mi linda cara. Te lo permito. Es cuestión aparte de mi mando.

Enzarzáronse los dos piratas en brutal combate coreado con entusiasmo por los demás. El andaluz empleaba mil marrullerías, y el brutal corcusido, además de sus marrullerías, empleaba una bestialidad primitiva.

Quedaron los dos tendidos y sangrantes, el uno junto al otro, respirando con dificultad por entre las brechas de los labios.

—Ha... estado bueno, carota. Tú y yo mandamos aquí a bordo, ¿sabes?

—Yo... te hubiese hecho trizas... si no es porque me duele la cabeza-replicó “Cien Chirlos” secretamente complacido,

—Ya lo veremos otro rato... “Él” volverá, ¿sabes, carota? Y entonces cantaré la mejor de mis coplas.

—A veces... tienes cosas buenas, andaluz.

—““Él” nos hace adquirir prendas. ¡Vosotros, hatajo de inútiles! ¡A la maniobra, “mardita zea”!

CAPITULO X

Dilema

La única posada para caminantes del pueblecito normando de Hirson la regentaba Jeanne Morriseau. Marimacho desgarbada y vociferante, no había quien la aventajara en el arte de echar a cajas destempladas a los campesinos normandos que empinaban el codo con exceso, poniéndose pesados.

En cambio, era todo miel y reverencias para aquellos viajeros de los que resaltaba la riqueza del equipaje. Y el jinete que acababa de apearse frente al portal del mesón vestía lujosa ropa, y ceñía espada de caballero.

No importaba que su tez fuera bronceada y que sus ojos tuviesen destellos de desesperada amenaza. Jeanne Morriseau, barbuda y provista de enmarañadas cejas, exhibió su carencia de dientes al mostrar las encías en humilde sonrisa.

—¡Perrine, lleva el caballo de monseñor al establo! ¡Michele, prepara manteles blancos para monseñor!... Buenos días, monseñor.

—Buenos los tengas, mesonera. ¡Toma cinco luises; sólo comeré este mediodía, mientras mi caballo descansa y toma su pienso.

La normanda hundió ávidamente en el amplio bolsillo de su delantal los cinco luises, y su reverencia fué tan profunda, que, por unos instantes, pareció que iba a perder el equilibrio; pero tenía un espinazo acostumbrado a aquel ejercicio y a toda otra clase de piruetas corporales.

Carlos Lezama entró en el limpio comedor reservado a las visitas de viajeros de alta categoría. Brillaba la plata y los manteles eran albos.

—““Poularde” a pequeño fuego, monseñor? ¿Y “Chateau-Yquem” como entrada?

Asintió distraídamente el Pirata Negro, y la mesonera vociferó la orden a las dos camareras.

Al dirigirse a la cocina con su compañera Michele, Perrine bisbiseó, tras una última ojeada al forastero:

—Soñaré con él esta noche. Me gustaría quitarle la tristeza.

—No nos vió siquiera. Debe de perseguir una imagen del cielo.

Carlos Lezama estudió el semblante poco agraciado de la mesonera.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jeanne Morriseau-dijo ella, estrujando un extremo de su delantal.

—Puedes, quizás, hacerme un señalado favor, Jeanne. Un favor que estoy dispuesto a pagarte bien.

—Por vos, monseñor, me hallo dispuesta a todos los favores.

La tierna inflexión que la normanda dió a su voz, hizo sonreír al Pirata Negro, aun en medio de su íntima desesperación.

—Tú tienes semblante de mujer apasionada, Jeanne-dijo seriamente el Pirata Negro —. Se adivina en tus bellos ojos negros. Sabrás, pues, comprender que el amor hiere donde menos espera une. Hallé en mi camino a una zíngara, y sigo su huella. En Burdeos me dijeron que vieron a varios zíngaros, uno de ellos que parecía el jefe, con cabellos blancos, y que acompañaban a una zíngara que parecía rebelarse. Tomaron la ruta del Norte. Por las aldeas en que he pasado, me han seguido informando. La postrera vez que vieron al zíngaro que manda la caravana y que es un anciano de blancos cabellos, la vieron por un valle de esta comarca. Veinticinco días llevo cruzando en todos sentidos valles y montes; a veces creo que he dado con la zíngara... Pero parece una caravana fantasma, Jeanne. ¿Puedes informarme?

—Zíngaros... como ver vi. Pueden ser o pueden no ser los que vos buscáis, monseñor.

El salto con que Lezama asió del brazo a la rolliza mesonera, la hizo prorrumpir en leve grito que se quebró en su garganta.

—¡Habla, Jeanne! Dime, ¿dónde los viste?

—Iban hacia Equerry, hacia las granjas de la tía Malvina.

—¿Cuándo? —dijo calmosamente el Pirata Negro.

—No recuerdo fijamente, monseñor. ¡Perrine!

La sirvienta acudió presurosa, ruborizada y alisándose el

corpiño.

—Monseñor desea saber cuándo pasó la caravana de zíngaros a cuyo frente iba un bandido de blancos cabellos.

—Fué ayer mañana, monseñor-e hizo una reverencia —. Yo me subí a un árbol para verles pasar sin que me vieran.

—Muy bien hecho, Perrine-y el Pirata Negro asió la barbilla satinada de la adolescente campesina —. Procura recordar si viste a una zíngara alta y esbelta, de negro cabello, y ojos anchos y tristes...

—Había una zíngara como la que dice monseñor, sentada en una carreta. Por cierto que estaba maniatada y sus brazos estaban alzados, suspendidos de una de las esquinas de la carreta. Creo que lloraba...

—Gracias, Perrine-y el Pirata Negro soltó la barbilla de la moza, mientras murmuraba: —En vida sigue. Cinco luises más, Jeanne, si me prestáis a Perrine.

La mesonera hizo un gesto de pudibundez ofendida.

—Perdonad, monseñor. No he comprendido.

—Quiero que suba a mi grupa, y me lleve a la granja de la tía Malvina.

—¿No vais a comer, monseñor?

—No. Toma esos otros cinco luises por tus informes. Encarámate a la grupa, Perrine.

Michele mordióse el labio con envidia cuando vió marchar a su compañera de trabajo enlazada a la cintura del gallardo jinete.

—Persigue a una zíngara... cuando hay tantas mujeres que...

—¡A la cocina! ¡Ya estuviste otra vez escuchando tras la puerta!

Pero el tintineo metálico del oro en su bolsillo, alegraba a la normanda, que suspirando nostálgicamente, pensó por última vez en aquel hermoso varón, tan espléndido y tan triste.

Perrine fué indicando al Pirata Negro los senderos que conducían a la granja de tía Malvina.

—¿Es para preguntarle qué camino tomaron los zíngaros, monseñor?

—Sí.

—Yo os lo puedo indicar, monseñor. Desde la cima de aquella loma bajaron hacia los campos del “pere” Moreau. Y ya los perdí de vista.

Lezama espoleó su caballo hasta coronar la cima de la loma. Perrine señaló una pequeña casita solitaria en medio de un vasto campo de trigales y pastos.

—Ahí vive el “pere” Moreau, monseñor. Él sabrá por dónde fueron los zíngaros, porque en el campo tememos a esos ladrones y les vigilamos ¡Oh, perdonad! Vos amáis a una zíngara.

Deslizóse ella del caballo, recomponiendo sus faldas.

—Adiós, Perrine. No ames nunca a un zíngaro; van errantes por las llanuras y destrozan las almas.

—Adiós, monseñor. —Y Perrine hizo mentalmente el mismo comentario que Michele.

Transcurrieron siete días más. En la casita del “pere” Moreau, y cuando ya creía haber dado con la huella del conde Zurad, tropezó de nuevo el Pirata con informes contradictorios.

Con la muerte en el alma, tomó el camino central, que apartándose del norte, dirigíase hacia la frontera suiza. Y rendido de cuerpo y de espíritu, apeóse ante un ostentoso mesón en la ciudad de Troyes, que era la comarca a que habíale encaminado un pordiosero hallado en un sendero extraviado, quien afirmó haber visto a los citados zíngaros dirigirse al sur, hacia la explanada de Troyes, dos días antes.

En la vasta sala alternaban mosqueteros, abates y algunas damas, que aguardaban a que los postillones abrevaran el ganado de las carrozas.

Lezama sentóse a una mesa de un rincón una criada le llevó prontamente un jarro de vino.

—Dime, muchacha; ¿han pasado por el pueblo zíngaros en caravana?

—No les vi, señor. Excusadme; debo atender a las otras mesas.

Un fornido mosquetero de chambergo empenachado, saludó cortésmente a Lezama, deteniéndose ante su mesa.

—¿No he tenido el honor de saludaros antes, caballero?

—Antes de ahora no he tenido el honor de corresponder a vuestro saludo, señor mosquetero.

—Vuestro acento... ¿Sois acaso español?

—Y vos ¿sois acaso juez, que tanto preguntáis?

—Perdonad lo que os pueda parecer impertinencia, pero estoy intrigado. Vuestro semblante me es conocido; y entre caballeros no

es descortesía saludarse.

—Ya correspondí a vuestro saludo. ¿Qué más queréis?

—No parecéis de temple pacífico, mi señor-dijo, engallándose el mosquetero, y apoyando la diestra en la guarda de su espada, que alzó tras su capa.

—Veamos si el vuestro lo es, mi señor. ¿Os gustan las zíngaras?

—¿Eh? Pues ¡voto a bríos!, que es curiosa vuestra pregunta. ¿Que si me placen las gitanas? Según cómo, dónde y cuándo.

—¿Vivís en Troyes?

—Por ahora, aquí estoy destacado.

—¿Pasó por la ciudad alguna caravana de zíngaros recientemente?

—Preguntáis con imperativo acento, mi señor. ¿Os habéis dado cuenta de que soy un mosquetero francés?

El Pirata Negro bebió a sorbos el contenido del jarro, sin contestar. El mosquetero, impaciente, pegó un taconazo.

—Os he hablado, mi señor. Contestadme.

—Vos primero. A vos os toca contestarme. Os pregunté si visteis pasar alguna caravana de zíngaros.

—Si en España os toleran esos modales, yo no estoy dispuesto a consentirlos.

Las damas se levantaron prudentemente, fingiendo tener prisa por subir de nuevo a sus carrozas. Los abates las imitaron. Sólo quedó en la sala un grupo de mosqueteros, que levantándose, fué a oír de más cerca el diálogo,

—En España, señor mosquetero francés, el que pregunta a quien no le ha llamado, debe estar dispuesto también a contestar las preguntas.

—Dadme vuestro nombre y elegid dos señores de los presentes. La sala es vasta y lleváis espada. O presentadme excusas.

—¿Excusas? ¿De qué? ¿Os llamé, acaso?

—Parece que cedéis terreno, mi señor. ¿Se apagaron vuestros humos?

—No vine en busca de querella. Pero si tanto deseáis que os dé una lección, sea como queráis.

—¿Lección a mí? —bramó el mosquetero—. ¡Dadme vuestro nombre!

—No me da la gana. ¡Basta ya de monsergas! ¡Desenvainad!

Y el Pirata Negro, poniéndose en pie, colocóse frente al iracundo mosquetero. Se interpusieron tres mosqueteros.

—¡Que las cosas sean de acuerdo a vuestra categoría de caballeros! —gritó el más viejo de ellos, desenvainando y colocándose el acero sobre el hombro—. Yo os sirvo de testigo, señor forastero. ¿Vuestro nombre?

—Para agujerear a vuestro compañero no preciso de tantos preparativos. ¡Apartaos señores! ¡En guardia, mi señor!

Una valla de espadas cerró el paso al Pirata Negro. Los seis mosqueteros presentaron la punta de sus aceros. Tras ellos, el que había retado taconeaba impaciente, con su espada vibrando en el aire.

—¡Tate! ¿Teméis por el pichón? Las madres cluecas protegen al desvalido polluelo...

Cuando se lo proponía, el Pirata Negro ostentaba unos modales de bravucón perdonavidas que hubieran encolerizado a una estatua.

Los seis mosqueteros, de común acuerdo, bajaron las espadas, apartándose.

—Si quedáis con vida, después del señor Rendouel, os batiréis conmigo —dijo el más viejo.

—Y conmigo.

—Y conmigo...

—Por orden, mis señores. El primero es el señor Rendouel.

El aludido avanzó, y, trabando contacto, lanzóse a fondo en persistente ataque de fuerte acoso. Sin moverse, el Pirata Negro, con giros de muñeca, fué parando estocada tras estocada:..

—¿Me decís o no si visteis alguna caravana de zíngaros, señor Rendouel? —preguntó Lezama pasando al ataque, y obligando a retroceder al mosquetero.

—¡El diablo cargue con vos! —gritó Rendouel, que intentó tenderse a fondo, para atravesar el muslo de su rival.

El Pirata Negro, ladeándose, atravesóle el hombro...

—¡Uno! ¿Quién sigue, Señores?

—Yo. Mi nombre es Louis de la Tremouille, capitán mosquetero. ¡En guardia, desconocido!

El Pirata Negro apoyó la punta de su espada en su bota. Expiró hondamente.

—Nos estamos comportando como novatos, mis señores. El

hombro del caballero Rendouel tardará una semana en curarse. Y todo porque le pregunté si había visto pasar una caravana de zíngaros.

—¡En guardia, os digo, desconocido! —bramó el capitán la Tremouille.

—¡Vaya!, la voz de la sensatez no tiene eco entre mosqueteros. Bien, capitán. ¿En qué hombro os dolerá menos? ¡Parad en cuarta! ¡Trabad en tercia! ¡Atención al codeo! ¡Bravo! ¡Esa estocada hubiera perforado a otro. Manejáis bien el pincho, capitán. ¡Atención! ¡Vigilad el costado! ¡Trabo en prima, doblo en segunda, libero en tercia… y adiós mi espada, señor capitán!

El acero del capitán de la Tremouille voló al hincarse en los ojales de la guarda la punta de la espada del Pirata Negro, quien abatiendo el arma aguardó a que, recogiendo su espada, el capitán de la Tremouille, rojo de vergüenza, presentase su arma por la empuñadura a su vencedor a la usanza mosquetera.

—En vuestras manos está mejor, capitán. Pero reconoced, al menos, que es ridículo que nos batamos sin motivo. Yo pregunté simplemente si pasó por Troyes alguna caravana de zíngaros.

El capitán de la Tremouille envainó en silencio. Otro mosquetero ocupó su lugar, presentando con las rodillas flexionadas, la punta de su espada.

—¡Diantres! —rezongó Lezama—. Empezáis ya a mosquearme, señores. ¿No creéis que sería más cómodo terminar de una vez? Quedáis cinco; cargad en conjunto y que el diablo se os lleve. No estoy dispuesto a perder mi tiempo. Necesito dar alcance a una caravana zíngara.

Uno de los mosqueteros rió; el propio Rendouel, ya taponada su herida, con servilletas empapadas en vino, avanzó unos pasos.

—Tregua a las espadas, amigos. Ese caballero es maestro de armas, y sólo en duelo a muerte podríamos vencerle. Yo soy el más perjudicado y reconozco que fui el responsable de todo. ¿Aceptáis mis excusas, señor desconocido?

—Aceptad vos las mías, señor Rendouel. Fui quizás insolente; pero me acucia una impaciencia que vuesas mercedes, que son hombres galantes, comprenderán legítima. Me enamoré de una zíngara y ando tras ella.

El capitán de la Tremouille dió una enérgica palmada.

—¡Vino para el caballero y para nosotros! Tomad asiento, señor. Contadnos vuestra cuita.

—¡Diantres! —sonrió el Pirata Negro—. ¿Me diréis, sí o no, si visteis pasar una caravana de zíngaros?

—¿Vuestro nombre? —sonrió la Tremouille.

—Carlos Lezama. ¿Quedáis satisfechos?

Una evidente zozobra se apoderó de los mosqueteros; se levantaron y sus miradas convergieron en el capitán la Tremouille, que, sentado, escanció vino en el jarro del Pirata Negro.

—Bien, señor Lezama. Ahora comprendo vuestra insistencia en velar vuestra identidad. Ofrecen mil luises por la cabeza del Pirata Negro, llamado Carlos Lezama, ¿no es así, señores?

—Así es. Yo contesto por ellos, capitán.

—¡Voto a bríos. ¿Por qué, pues, confesasteis vuestra personalidad?

—¿Por qué os pusisteis vos pesado en preguntar?

—Sentaos, señores mosqueteros-ordenó la Tremouille —. Nosotros tenemos por misión velar por Troyes y la comarca circundante. El caballero aquí presente, cuyo nombre ignoramos, es galante, porque va tras un amor, con el solo auxilio de su brillante espada. Es credo mosqueteril reconocer en el hombre sólo una nobleza…

—La de la valentía-dijeron a coro los restantes, alzando sus jarros los apuraron de sendos tragos.

—De acuerdo. ¿Alguno de vosotros vió la caravana zíngara?

Todos denegaron con la cabeza a la pregunta del capitán.

—Un mendigo díjome que por esta comarca andaba la caravana que me interesa. La manda un zíngaro de blancos cabellos.

—¿Es bella ella? —inquirió ingenuamente el más joven de los mosqueteros.

—La belleza puede describirse con palabras, señor-dijo Lezama entornando los ojos —. Pero Karmi es indescriptible, porque no hay belleza que la supere. Y ahora, si vuestra compañía me ha reconciliado en parte con el género humano, debo partir.

—Aguardad, señor desconocido-dijo la Tremouille —. Vuestra Karmi anhelará seguramente estar entre vuestros brazos, como vos ansiáis besar sus manos hechiceras. Os propongo nuestra ayuda.

—¡Eso es! —aplaudió el más joven de los mosqueteros—. Todo

por el amor.

—Excusadle, caballero-dijo indulgentemente la Tremouille —. Tiene veinte años, y no sabe lo que es amar. Si la caravana anda por la comarca, os va a ser difícil dar con ella a solas. Propongo que partamos los ocho en distintas direcciones. Y aquí en el mesón, nos volveremos a reunir todas las noches. Cuando uno de nosotros logre hallar la caravana, volverá aquí a todo galope y si es de día, procurará ponerse en contacto con el caballero. ¿Os parece bien, señor?

—Si todos los corazones tuvieran generosidades de mosquetero, quizás muchos menos bandidos desesperados navegarían por los mares. Gracias, caballeros. ¿Por qué zona emprendo la búsqueda, capitán la Tremouille?

—Aconsejo el rumbo suroeste, señor. Como hombre de mar no os desorientaréis. ¡Mesonero! ¡Otros jarros!

✲ ✲ ✲

Por la noche se reunieron uno tras otro los mosqueteros, confesando la inutilidad de sus galopadas por los campos de la región.

Pasaron las horas y al no aparecer el Pirata Negro, el más joven de los mosqueteros expresó su opinión;

—¡La encontró! Y al guiño de las estrellas le cantará trovas henchidas de pasión.

—¡Calle el novato! —gruñó la Tremouille—. Me temo que habrá tropezado con fuerzas del Rey que le habrán apresado. Lo lamento profundamente; si era un pirata, era también un caballero y una magnífica espada, brava y leal.

Y cuando sonaron lentas las campanadas de las doce, retiráronse los mosqueteros a sus habitaciones.

El Pirata Negro no apareció por el mesón “L’Auberge du Lion”.

✲ ✲ ✲

En su exploración llegó el Pirata Negro hasta la vecina aldea sin apartarse de la ruta señalada por el capitán la Tremouille. En la única posada de postillones, apeóse.

Un diligente posadero acudió corriendo. Detúvose perplejo al examinar la apostura y el continente del recién llegado.

—Moreno... alto... nariz corva... fino bigote... ¡Hablad, señor!

Carlos Lezama, asombrado, colocó sus puños en las caderas.

—¡Peregrino mesonero del diablo! ¿De cuándo acá tú ordenas a los viajeros que hablen y cantas en voz alta sus peculiaridades físicas?

—¡Vos sois! ¡He ganado veinte luises! —gritó alborozado el posadero, desapareciendo a todo correr en el interior del edificio.

—¿Qué avispa le picó al demonio de...? —y de pronto corrió también al interior.

Encontró al mesonero revolviendo papeles en una gaveta de bargueño, en una salita solitaria.

—¿Qué buscas? Explícate.

—Una carroza pasó y un caballero manco de pelo rojo, me prometió veinte luises si os entregaba una carta. Dijo que recorría todas las posadas de poca importancia entregando la misma carta. Y os describió: me dijo que teníais acento meridional, como el suyo. Ahí está la carta.

Decepcionado, cogió el sobre cerrado y lacrado. Por unos instantes había creído en la posibilidad de un mensaje de Karmi...

“Al señor capitán Lezama.

De su ex servidor Diego Lucientes.

”Os saludo cordialmente, señor Lezama. Si al mar regresasteis no me leeréis. En Madrid me llamarían bobo, porque si os escribo es porque pienso que me leeréis. Es algo de gran importancia para vos, capitán Lezama. Por las noches de luna ¿no echabais de menos un cariño? ¿No vagáis errante en pos de la ternura? Acudid al castillo de Kerdal. Recibiréis la alegría mayor de vuestra vida. Os lo promete,

”Diego Lucientes.”

El posadero quedóse haciendo cruces de la celeridad con que, lanzando un salvaje grito de alegría, el español saltaba a caballo y a todo galope desaparecía hacia el sur.

* * *

Gabrielle de Civry intentaba convencerse de las palabras de su marido. Diego Lucientes, atildado y perfumados en ondas disciplinadas sus rojos cabellos, extendíase en argumentos persuasorios, tras la cena verificada con gran acopio de vino, en el castillo de Kerdal.

Y ahora, en el saloncito, sentíase poseído de gran elocuencia.

—...en ti hallé la paz y la quietud, Gaby. Esopo dijo de la lengua que era lo peor y lo mejor del mundo. ¿Esopo? Un gran fabulista, querida, que obligado por menesteres acuciantes del estómago a servir de cocinero, sirvió por toda comida abundantes tajadas de lengua. ¿Tajadas? Sírveme una copa más de ese rancio avinagradillo. Y la lengua es como la mujer; lo peor y lo mejor del mundo. Por una mujer, piérdense los reinos. Por una mujer-y apuró su copa-hállase el reino de los cielos en la tierra. Y hecha esta pequeña disquisición divagante, esotérica y delicuescente, volvamos al tema. ¿Tema? ¿Temes que de nuevo Carlos Lezama influya en mi sino? Más que nunca debes bendecir lo que sucede; la carta que yo le entregaré a Lezama, anclará para siempre su navío sin brújula. Y en los brazos del más puro de los cariños, olvidará el pasado, criará barriguita, se casará, algún día ella le dirá ruborosa: "Cielín, pronto serás padre", y el antiguo pirata sufrirá torturas de pánico feroz, aguardando la aparición de un berreante vástago que le humedecerá los faldones de la casaca con íntimas manifestaciones de satisfacción líquida.

—A veces, como "él", eres vulgar, querido.

—Y como él, en otros instantes soy un prodigio de galantería-y Diego Lucientes aproximóse a su esposa, cuya mano besó.

Pasaron una hora en dulce coloquio, y de pronto púsose en pie el manco pelirrojo, arreglándose los encajes de su coleto.

—Jinete impaciente revuelve la grava del jardín, Gaby. Te apuesto un beso a que es nuestro amigo.

—Tu amigo-corrigió Gabrielle de Civry.

Dominando su íntimo desasosiego, al ver a Gabrielle de Civry, el Pirata Negro, que había entrado corriendo en el salón, frenó el paso y besó galantemente la mano de la mujer que le miraba sin amenidad.

—Grata visión la de un hogar feliz, señora. Os saludo, señor Lucientes. ¿La condesa duerme acaso?

—Leonie de Kerdal ha ingresado en el convento, señor-dijo Gabrielle en tono de reproche —. Y me cedió su castillo.

—Fiel ha seguido siendo a la memoria de Jarnac de Lesperruy. Perdonad si demuestro descortésmente cierta impaciencia. ¿Tenéis algo que comunicarme, señor Lucientes?

—Leed-y el ex estudiante madrileño le tendió una carta sellada.

En letras rojas, encima del sobre, decía:

“El conde de Ferblanc a Diego Lucientes. Súplica: Entregad a Carlos Lezama esa misiva que de su madre le habla.”

Rasgando el sobre, leyó apresuradamente el Pirata Negro:

“En París, en abril del año de gracia de 1763.

”Carlos: Acosado, perseguido, sintiendo que la muerte me ronda, quisiera que de mis labios oyeras noticias de tu madre. Tuviste la heroicidad de, sabiendo quién era yo, no abofetearme porque te dejé marchar sin darte el nombre de hijo. Razones que personalmente quiero explicarte, me obligaron a ello. Pero tú y yo somos hombres de cierto temple, y tú por ser el Pirata Negro y yo por ser el Fantasma Gris, no nos abandonamos largamente a exteriorizaciones de sensibilidad.

”Ha sido descubierta mi doble personalidad, y vivo oculto en el Quartier Latin. Mis últimos actos como secretario de seguridad del Rey, fueron ahondar en tu vida. Descubrí que un madrileño llamado Diego Lucientes sirvió a tus órdenes. También averigüé que se casó con Gabrielle de Civry, y que Jarnac de Lesperruy te apreciaba, dándote su amistad.

”Un hombre que aún sigue siéndome fiel, hará llegar esta misiva a manos de Diego Lucientes, para que él, conocedor de tu paradero, consiga trabar contacto contigo.

”No se trata de mí, Carlos. Es ella... tu madre. En ella hay quizás la única probabilidad de que tú nunca te veas como ahora yo, acosado y perseguido, y sintiendo que la muerte me ronda.Ven.

”Humbert de Ferblanc.”

Dobló despaciosamente la carta el Pirata Negro. Sus ojos adquirieron un brillo penetrante, y una amarga sonrisa contrajo en rictus doloroso sus labios.

—¿Malas noticias, señor? —inquirió pesaroso Lucientes.

—Burlas del destino, bachiller. Tú eres como yo, un hombre que ha recibido golpes rudos y ha sabido sonreír. Pero ahora... ya no sé sonreír.

Abandonó precipitadamente la sala, y profundamente extrañado, percibió Lucientes los anchos hombros que al irse, levantábanse en muda crispación...

En el jardín, tosió discretamente Lucientes, y, sin volverse, el Pirata Negro habló con voz ronca, empañada en mudo llanto:

—Para un bachiller como tú, Diego Lucientes, ningún secreto tiene la palabra “dilema”. Ya ves, una simple palabra, y, a veces, puede encerrar honda tragedia. Dime, “Medio Brazo”, suponte por un instante que te encuentras próximo a dar con la mujer que para ti lo sería todo. En ella está la ternura que anhelas; en ella está tu vida entera. Y cuando aquí vengo creyendo que me la vas a hacer aparecer por arte de magia..., leo una carta en la que me hablan de mis padres. Unos padres que nunca hicieron nada por redimirme de mi senda de pirata. Una madre... —quebróse la voz en recio sollozo —. ¡Diantres! Tendré que matarte, Diego Lucientes. Eres el primer hombre que me ha visto llorar.

—Si cuando de tu madre hablas no llorases, Pirata Negro, maldeciría el día en que te conocí. ¿Cuál es tu dilema?

Contó Lezama concisamente su enamoramiento por Karmi, y los sucesos que siguieron, mencionando por último la cita a la cual no acudió con los mosqueteros de “L’Auberge du Lion”.

—Si abandono la persecución, la caravana se perderá. Nunca con su rastro daré... y Karmi... Karmi nunca alegrará mi existencia. ¿París? ¿Qué harías, Diego Lucientes?

—Sólo hay una mujer en el mundo. La que al santo nombre de madre responde.

—Nos parecemos demasiado, hasta en el pensamiento, Diego Lucientes. Adiós.

—¿A París?

—¿Lo preguntas, “Medio Brazo”? El dilema está resuelto; en la que me dió el ser hallaré quizás sosiego para mi alma.

—No hay dilema, señor. ¿Acaso porque me ves con encajes en la pechera y oliendo a jabón perfumado me tomas por un lechuguino? ¿No fui hombre que tu confianza mereció? No hay dilema; porque si a París es tu obligación ir, la mía, que gustoso cumplo, es ir a “L’Auberge du Lion”.

Con brusco frenesí, el Pirata Negro hizo crujir los costados del madrileño en fuerte abrazo convulsivo.

—¡Sólo tú podías hablar así, estudiante! Pero... no puedo aceptar. Ella... tu esposa. No; quédate. Me maldeciría si algo te ocurriera.

—Vamos a las caballerizas. Tengo ahí un potro andaluz, que galopa como un aire de mar.

—Gabrielle es tu puerto de refugio, “Medio Brazo”. No quiero que abandones lo que...

—...lo que tú perderías si yo no montara en el potro andaluz y fuera a “L’Auberge du Lion”. ¿Crees que podría vivir feliz con ella pensando en una zíngara atormentada y en un caballero pirata resignado a no hallar amor de esposa? En Kerdal habrá lugar para dos matrimonios felices: el tuyo y el mío.

Quedó aguardando el Pirata Negro, montado. Al minuto apareció Diego Lucientes conduciendo las riendas de un soberbio Potro.



—Mis entrañas llevan tu fruto...

—¿No te despides de ella, “Medio Brazo?

—Lloraría... y las lágrimas de mujer encharcan los ánimos. Pica espuelas, capitán.

Cuando los dos caballos iniciaban la partida sonó en la escalinata un grito desgarrador, y desmelenada, flotante el blanco vestido, Gabrielle de Civry llamó en vano a su esposo...

Diego Lucientes, hundiendo la cabeza entre los hombros, crispadas las mandíbulas, espoleó salvajemente a su montura.

Gabrielle de Civry cayó de bruces sobre la grava, sollozando desconsoladamente.

Y sus labios murmuraban, bañados en la sal escocedora del

llanto:

—Debí decírtelo…, Diego. Mis entrañas llevan tu fruto… Y ha de nacer… quien tú ahora abandonas para siempre… porque ya no volverás…



Notas

[1] Ver: *La Bella Corsaria*< <